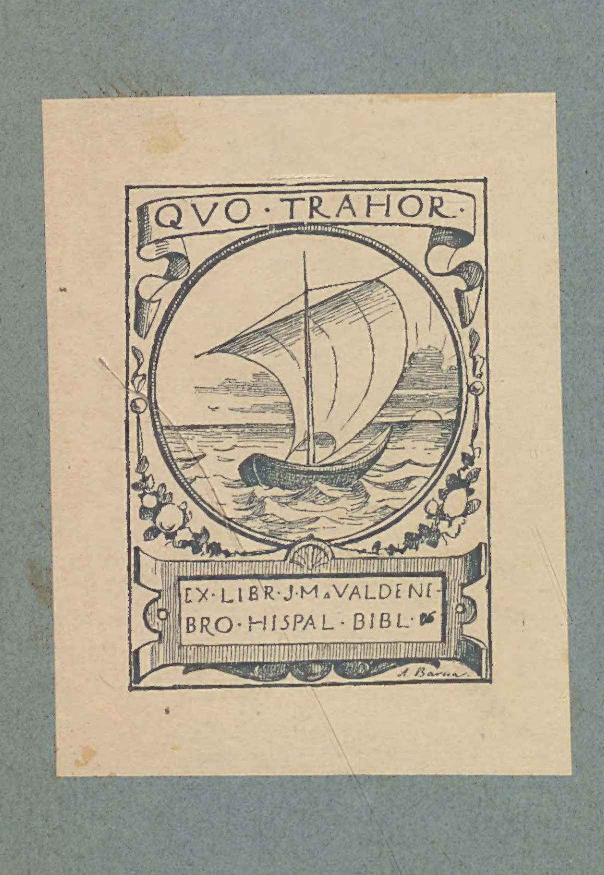



QVO · TRAHOR ·
EX · LIBR · J · M.ª VALDENE-
BRO · HISPAL · BIBL ·
A. Barea

Pliegos 7



HISTORIA
VERDADERA, Y FAMOSA
DEL CID CAMPEADOR,
D. RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

SACADA DE LOS MAS INSIGNES HISTORIADORES de España.

Corregida de muchos yerros en esta ultima impresion.

Con licencia: En Cordoba en la Oficina de D. Josef de Galvez y Aranda, Plazuela de los Abades.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO, Y CRIANZA DEL CID: VArias Batallas, en que se hallò de joven, y lo que executò en la muerte alevosa, que dieron à el Rey Don Sancho.

TUVO su esclarecido origen nuestro Cid Campeador, Don Rodrigo Diaz de Vivar, del tronco ilustre, y Linage honroso de Lain Calvo, Juez primero de Castilla, que baxando su descendencia de tan clarificada rama al nobilisimo varon D. Diego de Laynez, padre del Cid, tuvo este por hijo à nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar, que por ser Señor de la Villa de Vivar dos leguas de la Imperial Ciudad de Burgos, fuè llamada de esta manera: y asimismo fuè llamado Cid, que es lo mismo, que Batallador, y Campeador, por las muchas Batallas que ganò à los Moros. Quando muriò el padre de este insigne Héroe Don Diego Laynez, llevò para su Palacio el Rey Don Sancho de Castilla à Rodrigo Diaz de Vivar, criòle, y le hizo Cavallero, armandole al estilo de aquellos tiempos.

Llevòle consigo el Rey à Zaragoza; y quando Don Sancho lidiò en Grados con el Rey Don Ramiro, en aquella insigne batalla empezò nuestro Cid à demostrar su valor, y arrogancia sobre las armas; pues hizo en aquella lid tales proezas, y hazañas, que admirò à todos los Cavalleros que le acompañaban, y al Rey Don Sancho le enamorò tanto su bizarria, y gentileza, que volviendose con èl à Castilla, fuè con demasìa lo que le amò, y honrò; y asi le concediò luego que llegò el honorifico Titulo de Alferez, lo qual sirviò de incentivo, para que el gallardo mancebo de alli adelante se esforzase mas, y mas en las Vanderas de Marte.

Hizo al lado de su Rey

Don

Don Sancho tales hazañas en su juventud nuestro Ilustre Campeador, que admiran, y pasman à todos; porque quando este Rey lidió con el Rey Don Garcia su hermano, en aquella celebre batalla de San-Areu viendo que en lo mas esforzado de la pelea havian cogido preso à suRey, y que Don Garcia le llevaba maniatado, cogiò una corta partida de Soldados, y con èlla fuè en su seguimiento, y haviendose encontrado con la gran comitiva, y resguardo empezò à chocar con todos, y cayendo alli unos, y dexando caer à otros, no parò hasta dexar à su Rey, y Señor libre de los que le llevaban, y traerse consigo preso al Rey Don Garcia, que era el que le havia prendido. O què accion tan heroyca, y digna de entallarse en laminas de bronce! No se singularizò menos nuestro Cid quando peleò dicho Rey Don Sancho en la batalla de Golpillera, cerca de Carrion, con Don Alfonso su hermano; pues segun todas las Historias refieren, el que mas se especificò fuè Don Rodrigo Diaz de Vivar. Pero sobre todo en aquella ocasion, en que el Rey Don Sancho cercò à su hermana en Zamora, como dirè, segun lo refiere un Autor llamado el Padre Fray Juan Gil Zamorense.

Bellido Delfos, viendo que Arias Gonzalo discurria en sacar à la Infanta Doña Urraca de Zamora, y llevarla à Toledo, hallò modo de poder entrar à grangear la voluntad de esta Princesa, y explicarse mas fino que Arias Gonzalo. Entrò Bellido Delfos à hablar à la Infanta Doña Urraca, y la asegurò, que èl solo dispondria como D. Sancho descercase la Ciudad. La buena Señora le diò licencia, para que se aprovechase de su industrias; pero advirtiòle, que no se valiese de medios que dicta la alevosìa. Explicòse primero Bellido Delfos contrario á la determinacion de Arias Gonzalo, y discurriò como provocar à los hijos, que salieron tras èl; pero como yà lo tenia tramado, saliò de la Ciudad antes que le pudiesen alcanzar por tener èl yà prevenidas las Guardas de las puertas, que à no ser asi le huvieran muerto, porque le siguieron por lo

que

que les havia dicho. Llegò à la tienda del Rey Don Sancho muy fatigado, à quien engañò con buenas palabras diciendole se havia salido de la Ciudad, y del servicio de la Infanta, por haverse contrapuesto à lo que Arias Gonzalo, y sus hijos determinaban hacer con Doña Urraca de llevarla à Toledo.

El buen Rey le creyò, aunque repetidas veces los de Zamora le procuraron desengañar. Don Sancho le agasajò, y le ofreciò honrado premio si le cumplia la palabra de ponerle en parage de ganar la Ciudad de Zamora. Una tarde estando con el Rey, le dixo: Señor, si os parece esta tarde podiamos los dos solos pasar à registrar los muros, y enseñarè à V. M. el postigo que llaman de la Reyna, por donde entrando una noche con cien Cavalleros podrèmos apoderarnos de la Ciudad. Dando la vuelta los muros el Rey se viò precisado de una necesidad natural, y desmontando del caballo diò el venablo à Bellido Delfos, retirandose à la parte mas oculta, cerca de la Hermita de Santiago. Bellido acercandose como traydor le atravesò de parte à parte, de modo, que entrando el venablo por los riñones, apuntò à salir por los pechos, segun dice la Historia del Monasterio de Oña donde fuè enterrado por deposicion de los que vieron el cuerpo entero quando le sacaron de la primera sepultura, que estaba à la puerta de la Iglesia.

Entonces Bellido Delfos, montando en su caballo, y picandole à rienda suelta, comenzò à huir àzia la Ciudad. Advirtiò el Cid de lejos la fuga arrebatada, y con la sospecha que ya de èl tenia comenzò à tener recelos de que havia executado alguna traycion. Montò el Cid pronto en su Caballo desprevenido de espuelas, y fuè en su seguimiento. Viendo que no podia darle alcance, dixo: *O mal haya Cavallero, que sin espuelas cavalga.* No obstante arrojòle la lanza, y le alcanzò à herir al entrar por el postigo. Acudiò el Cid donde havia quedado el Rey, y al vèr que estaba muy mal herido, intentò una, y otra vez volver à Zamora, y entrar por lanzas de los Zamoranos hasta matar al alevoso; pero

pero los Condes amigos le detuvieron, viendo que su persona corria peligro, y como à lo hecho yà no havia remedio, y convenia asistiese à la persona Real en aquel trance tan lastimoso, en que bien dispuesto, y con grande arrepentimiento de sus culpas, entregò su Alma à su Criador.

Diò lugar el fracaso à que hiciese Testamento, y se mandò enterrar en el Real, y magnifico Monasterio de San Salvador de Oña, de Monges Benedictinos, al qual dotò en grande manera. Pidiò perdon à sus hermanos delante de los Condes, y Prelados, y les encargò, que suplicasen al Rey Don Alonso su hermano, que atendiese al Cid, y que considerase, que quanto havia executado, provenia de la grande lealtad que profesaba à su Rey, y asi que estuviese cierto, que con la misma serviria al Señor, que tuviese. Verdaderamente, que si Don Sancho huviera tomado los consejos del prudente campeon el Cid, no se huviera visto en aquel conflicto infausto, pues claramente se desengañò del buen exito de aquella empresa, de querer echar de Zamora à su hermana Doña Urraca; pero este desengaño le costò à nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar una grande desazon, pues el Rey le desterrò, no obstante, que le levantò luego el destierro, como persona que tanta falta hacìa. El caso aconteciò de esta manera.

CAPITULO II.

Primer destierro del Cid, y desafio con el Conde de Gormaz, Batalla que venciò el Cid en Atienza, librase de una traycion, y un caso prodigioso, que le sucediò en el camino con un Pobre.

Viendo el Rey Don Sancho la resistencia de su hermana en no quererle ceder la Ciudad de Zamora, para lo qual la daba otras posesiones, determinò por su persona registrar los muros; y advirtiendo, y reconociendo, que no podia tomar la Ciudad sin perdida de mucha gente, deliberò enviar al Cid para que persuadiese à Doña Urraca la cambiase à Zamora por otros Lugares esentos de los temores de las cor-

correrias de los Moros; y que si no venia en este Tratado, la asegurase, que la quitaria la Ciudad por fuerza. El Cid advertido, y prudente, como tambien por la mucha estimacion, que hacia de Doña Urraca, procurò escusarse diciendo: *No ignora V. M. las muchas atenciones, con que debo respetar à la Infanta vuestra hermana. Otros Cavalleros hay, que pueden cumplir muy bien con vuestras ordenes.* El Rey respondiò, que eran mayores las obligaciones con que debia mirar à su Señor, pues le havia constituido en la mayor dignidad de su Palacio, y que le havia dado mas de lo que importaba un Condado, en que le havia satisfecho muy bien sus servicios. Añadiò, que havia puesto en su persona los ojos; porque esperaba de su grande lealtad, prudencia, y afecto, que le tenia su hermana, que lo compondria de modo, que no se veria obligado à llegar al extremo de tomar las armas.

Precisado el Cid, saliò á executar la Embaxada, y dixo à Doña Urraca: *Señora, el mensagero no obra por sì, debese atender al caracter que trae, y en èl no se debe mirar otro respeto, que el de la obediencia, en que no cabe culpa; y asi Señora dirè con vuestro permiso el encargo que vuestro hermano, y mi Rey, ha mandado os represente de su parte, que se reduce à que vos, Señora, le deis la Ciudad de Zamora, que S. M. entregarà por ella à Medina de Rioseco con el Infantazgo, desde Villalpando hasta Valladolid, y el Castillo de Tiedra afianzando con juramento de doce Cavalleros, de que jamàs contravendrà al trato.* Oyò la Infanta al Cid con pesar de que Rodrigo Diaz huviese sido el instrumento de pena tan crecida. Satisfizo el Cid à las quejas en quanto daba lugar al sentimiento.

La Infanta Doña Urraca à persuasion de Arias Gonzalo, diò orden, para que se juntasen los principales de la Ciudad, para proponer en la Junta la Embaxada que havia recibido de su hermano el Rey Don Sancho. El Conde D. Nuño Alvarez se levantò, y dixo, que por ningun modo debia feriarse la Ciudad à quien siguieron los demàs Señores, y à una voz respondieron, que estaban prontos à defender à su Seño-

ra, y à sus Estados con sus vidas. El Cid, que se hallò en la Junta, se alegrò mucho de la resolucion de los Zamoranos, y se huviera quedado en servicio de la Infanta si no huviera jurado la obediencia à Don Sancho. Doña Urraca dixo al Cid: Rodrigo Diaz ya haveis oido mi dictamen, y el de mis Vasallos. Bien sabeis, que os criasteis en los Palacios de mis padres; que estubisteis à la educacion de Arias Gonzalo; y que fuisteis parte, para que mi padre me dexase esta Ciudad: y asi os encargo hagais los buenos oficios con mi hermano, para que desista de su pretension; y si no pudiereis disuadirle decid lo que haveis oido.

Con esto se despidiò el Cid, volviendose al campo, hizo relacion al Rey de la resolucion en que estaban los Zamoranos. Preguntò Don Sancho al Cid: Què era lo que le parecia, y que resolucion serìa mas conveniente tomar? Respondiò, que le parecia mas conveniente, que su Magestad desistiese del intento; porque era el fin dudoso, y cierta la perdida de muchos Soldados, que podian emplearse en hacer guerra à los Moros, y en extender los dominios de la Ley Evangelica, y quando llegase à tomar la Ciudad, no havia adquirido gloria en haver rendido à una muger.

Oido el dictamen del Cid, se desagradò mucho el Rey, y llegò el enfado à tanto, que por presumirle inclinado al partido de Doña Urraca le dixo: *Que no necesitaba Vasallos que le gobernasen; y asi, que dentro de nueve dias saliese de sus Reynos.* El Cid diòse por sentido; y como las palabras cayeron en corazon sobre inocente, constante fuese à su tienda convocò à sus parientes, y amigos, contòles lo que le havia pasado con el Rey, y les dixo, que estaba resuelto à marchar à Toledo, donde estaba Don Alonso. Todos sus aliados aprobaron su resolucion; y haviendose juntado mil y doscientos Cavalleros, llegò aquella noche à Castro Nuño, cerca de Toro. Quando los Condes Castellanos supieron, que el Cid marchaba desterrado con los de su partido, pasaron à estar con el Rey, y le representaron, que advirtiese lo que hacia en

desa-

desapropiarse de un Cavallero à quien debia la Corona, porque podia temer, que el Rey Don Alonso con la ayuda del Cid volviese à recobrar la Corona de Leon.

Conociò Don Sancho el yerro, y para soldarle mandò à D. Diego Ordoñez, que fuese en su alcance, y que procurase desenojarle, ofreciendo de su parte decorosa satisfaccion. Partiò luego D. Diego, y alcanzò al Cid entre Castro Nuño, y Medina del Campo. Recibiendole el Cid con buen semblante, el preguntò, què á donde se enderezaba su jornada? Don Diego respondiò, que no à otra parte, que á verse con su persona, y à decirle de parte del Rey, que volviese à su campo, y que le prometia la estension de sus Estados, y la conservacion en el primer oficio de Palacio. Consultò el Cid con sus amigos, què era lo que le convenia hacer? Y todos á una voz fueron de sentir, que diesen la vuelta para el campo. Con esto D. Diego volviò luego à dar aviso al Rey, de què se alegrò tanto, que le saliò à recibir con demostraciones del mucho gozo, y contento. Los Zamoranos no se alegraron mucho con esta vuelta del Cid; porque havia cobrado tanto cuerpo su fama, que se estaba en juicio, que al brazo del Cid estaban vinculadas las victorias.

Luego que llegò el Cid al campo de Zamora puso el Rey Don Sancho cerco à la Ciudad, y la empezò à combatir; y un dia andando Rodrigo Diaz con solo su escudero cerca de los muros, se determinaron salir à èl catorce Cavalleros: hizoles frente, y acometiendoles con su valor dexò à sus pies quatro, y obligò à los demas à que huyesen. Luego de alli à poco sucediò el desastre que llevamos referido del Rey Don Sancho quando le matò el traydor de Bellido Delfos.

Mas volviendo à otras muchas hazañas que este Heroe Campeador executò, no son menos otras, que se hallan en su Historia, y en la General; porque haviendo tenido ciertas diferencias con Don Gomez, Conde de Gormaz, se desafiaron los dos Cavalleros; y haviendo salido al campo segun el estilo de aquellos tiempos,

pues las más de las lides, y contreversias se decidian con desafios, en este saliò victorioso el Cid, dexando alli muerto al Conde. Por este mismo tiempo aconteciò, que los Moros Gobernadores de las Fronteras, que en aquellos siglos se intitulaban Reyes, entraron por tierra de Lara, y llegaron à los montes de Oca, donde hicieron grandes presas de cautivos, y de ganados. Noticioso el Cid juntò quantos Soldados pudo, y les saliò al encuentro. Desbaratòles, y trajo cautivos à los quatro Reyes à su Señorio de Vivar, à los quales diò libertad à instancias de Doña Teresa su madre, haviendoles tomado primero juramento de vasallage, y de que le pagasen tributo. La presa que llevaban los Moros hizo el Cid, que fuese restituida à sus dueños.

Despues de estas refriegas, Rodrigo de Vivar, determinò ir à visitar el Sepulcro del Santo Apostol Santiago en compañia de veinte Cavalleros amigos, en cuyo camino, le aconteciò un caso maravilloso, nacido de su mucha piedad, y caridad. Acaeciòle, pues, que yendo caminando llegò à un parage, donde encontrò un pobre leproso estancado en un lodazal, que à grandes voces pedia à los transitantes que le favoreciesen. Compadecido el Cid Campeador de aquel afligido, y miserable se apeò del caballo; y dandole la mano, le sacò del atolladero, y le puso à las ancas de su caballo. O noble, y Catolica piedad! No parò aqui su clemencia, y caridad; porque haviendole llevado à la posada, le mandò limpiar, y diò orden, que le pusiesen en su quarto, y al tiempo de cenar le sentò à su mesa, y à su lado instandole con mucho cariño à que comiese; haciendole èl mismo los platos. Los demàs compañeros que esto veìan se desabrian demasiado, y llegaron à hacer del pobre, y de lo que el Cid executaba, grandes ascos. Aun no estubo en esto solo la gran compasion, y caridad del piadoso Rodrigo Diaz de Vivar, porque dispuso se hiciese una gran cama con ropas muy limpias, y preciosas, y habiendo desnudado al pobre leproso, le metiò en la cama, y lue-

luego se acostò con èl.

Quedòse luego dormido el Cid, y à breve rato sintiò entre sueños; que un grande aliento havia atravesado su pecho. Despertò espavorido, viòse sin el pobre en la cama: congojose mucho, y saltò de ella al punto à buscarle por toda la posada con sus criados, y luces; pero no haviendole hallado, se volviò muy desconsolado à su cama. Despidiò à sus criados, para que se fuesen à reposar, mandando que le dejasen la luz encendida. Hallabase ya solo, entrando en consideracion de lo que le habia sucedido à este mismo tiempo se le apareciò un hombre de bueno, y venerable aspecto con vestiduras resplandecientes, que despedian de sì un olor suavisimo, y de los Cielos el qual le dixo: *Yo soy Lazaro, amigo mio, el mismo con quien executaste la caridad de baberme sacado del barranco, y de baverme regalado, y dado tu cama. Vuelvo à pagarte tanta caridad, y afectos de compasion, y à decirte que en premio de baverte vencido à ti mismo con tantos extremos de misericordia. Dios te concede, y dice que seràn muchos los reencuentros, que tendràs con tus enemigos; pero de todos ellos saldràs victorioso; y en especial estaràs cierto, que triunfaràs de tus contrarios quando sintieres en tu pecho el ardor, que experimentaste en mi aliento. Con seguridad podràs entonces acometer à los que te hicieren guerra, que por muchos que sean conseguiràs la victoria. Aconsejote, que prosigas en hacer obras de piedad, que con eso segura tienes la bendicion de Dios.* Con esto se desapareciò San Lazaro, y dexò el aposento lleno de olor suavisimo, y el Cid se levantò à dar gracias à Dios, y à encomendarse à la Sacratisima Virgen Maria, con quien tenia especial devocion.

Despues de la Romeria, que el Cid Campeador hizo à Santiago de Galicia, cuentan la Historia General, y otras Historias, que D. Rodrigo Diaz de Vivar lidiò en Campo con el valeroso Cavallero Martin Gonzalez, sobre averiguar si pertenecia la Ciudad de Calahorra à Castilla, ò Aragon. Salieron los dos esforzados Adalides al Campo; y à vista de los dos Exercitos Castellanos, y Aragoneses, emprendieron la pe-

pelea, que fuè muy reñida, como tan diestros, asi el uno como el otro. Peleaban con gran destreza, y valor, Don Martin Gonzalez por el Rey Don Ramiro de Aragon, y nuestro Cid Campeador por el Rey Don Fernando de Castilla: mas por ultimo consiguiò la victoria el valeroso, è invencible Don Rodrigo Diaz de Vivar, y se declarò por perteneciente à la Corona de Castilla la insigne Ciudad de Calahorra.

Hallabase despues de esto el Rey D. Fernando desembarazado de los zelos en que le tuvo su hermano D. Garcia, y que ya havia ganado las voluntades de sus vasallos; por lo que viendose asi desahogado tratò de prevenirse para expugnar, y hacer guerra à los Moros. Estando el Rey en Galicia unas quadrillas de Mahometanos se atrevieron à correr la tierra de Estremadura Castellana. Los Cristianos noticiosos del valor con que el Cid acometia à los Moros, avisaron, que los fuesen à socorrer. Rodrigo de Vivar juntò luego sus parientes, y amigos, y todos bien prevenidos salieron à encontrarlos; hallaronlos entre Atienza, y S. Estevan de Gormaz, y luego los acometieron con tan grande acierto, que los venciò, dexando à muchos muertos en el campo; y yendo en alcance de los que havian vuelto las espaldas, los siguiò hasta siete leguas: alcanzòlos, y los cogiò la presa: y vagage que llevaban. Partiòla el noble, y generoso Campeador, que fuè tan grande, que tocò al quinto doscientos caballos, que se estimaron en cien mil maravedis, à los quales llama marcos la Historia General. Siguiòsa à esto, que el Rey D. Fernando, haviendo juntado un poderoso Exercito, partiò desde tierra de Campos à tierra de Portugal, donde se apoderò de muchos Castillos, y las Plazas de Sena, y Viseo; con animo de vengar en esta Plaza la muerte del Rey D. Alonso su Suegro. Hallò en los sitiados gran valor en defenderla; pero por ultimo, fuè cogida, y hallando dentro al Moro que con la saeta matò al Rey D. Alonso; mandò, que le cortasen ambas manos. Mostrose en esta conquista mucho el esforzado valor del Cid.

Vi-

Viendo los emulos de nuestro D. Rodrigo Diaz de Vivar, que cada dia crecia mas el aplauso, y estimacion del Campeador, escribieron algunos Condes à los Reyes Moros Vasallos del Cid, que à tres de Mayo entrasen por los lugares de Castilla, porque en este tiempo el Rey D. Fernando estaria en Galicia, y que el Cid saldria à la defensa, y ellos con èl, y que al mejor tiempo de la batalla se volverian contra Rodrigo Diaz, para que quedase muerto en el campo. Los Moros preciados mas de hombres de su palabra, que los Condes de su nobleza, y cristiandad, enviaron las proprias cartas al Cid, las quales leidas, pasò à poner en manos del Rey D. Fernando, quien se pasmò de que en corazones cristianos cupiese envidia tan malevola, y tan perjudicial à la Ley de Dios, y la Patria. Volviò el Rey sobre sì; considerò los graves daños, que tan perversos hombres causan en la Republica, y los arrojò, y desnaturalizò de todos sus dominios. Uno de los Condes se llamaba D. Garcia, el qual estaba casado con una hermana de la muger del Cid, à quien la Historia impresa de este llama Elvira, y la General Doña Teresa. Esta Señora conociendo la clemencia, benignidad del Cid pidiòle por merced, que le diese carta para alguno de los Reyes sus tributarios, y el Cid escribiò al Rey de Cordoba, quien por sus respetos le recibiò, y le señalò la Villa de Cabra donde viviese.

Llegò la ocasion de que los Mensageros de los Reyezuelos Moros, Vasallos del Cid, viniesen à reconocer el vasallage, y pagarle el tributo. Fueron à besarle la mano, y les mandò, que fuesen à besarsela al Rey D. Fernando; y despues, puestos tambien de rodillas, se la besaron à èl diciendo: *Mio Cid.* Cayò tan en gracia al Rey esta expresion de aquellos Mensageros, que mandò que en adelante le llamasen à D. Rodrigo Diaz de Vivar Mio Cid, Rui Diaz. El Cid quiso dar el quinto del presente, y del Tributo al Rey Don Fernando. Mostròse el Rey muy agradecido de su liberalidad, y generosidad noble; pero no le quiso recibir, y quedando muy prendado

dado entonces de su noble, y fiel corazon.

CAPITULO III.

Libra el Cid à España del Tributo de los Emperadores, toma el Cid juramento à el Rey Don Alonso, segundo destierro del Cid, aviso favorable, que tuvo el Cid del Cielo, y estratagema, con que ganò el Castillo de Alcocer, por cuyo motivo le ofrece sueldo el Rey Moro de Toledo.

SIGUIOSE de alli à pocos dias, que el Emperador Enrique III. pretendiò, que el Rey de España tributase el feudo, que alegaba se le debia como à Emperador, para lo qual embiò su Legacia al Concilio Turonense, en que presidia el Cardenal Ildebrando, que despues siendo Pontifice, se llamò Gregorio VII. Hizo tambien la representacion el Emperador al Papa Victor II. de la obligacion que el Rey de España tenia à pagar el feudo que los Reyes deben à los Emperadores. El Papa obligado de Enrique, expidiò su Breve, y le remitiò al Rey Don Fernando. Consultò el Rey à los Condes, y grandes del Reyno sobre lo que debia hacer. Los Señores considerando, que aunque el Emperador no procedia con justificacion, mas considerando las urgencias presentes, aconsejaron al Rey, que convenia ceder à la fuerza del Imperio; y asi quedò acordado, que se diese cumplimiento à la pretension del Emperador.

No se hallò en el congreso el Cid por haver venido à Burgos. Haviendo vuelto à la Corte, considerando D. Fernando los grandes talentos del Cid, le consultò, y pidiò su parecer. Rodrigo Diaz, aunque informado del consejo, que havian dado los Grandes, respondiò abiertamente: *Señor, el Rey de España por ningun modo debe pagar tributo al Emperador. Què socorro han enviado los Emperadores para la expulsion de los Moros? No es punto de V. M. que mientras vuestra mano empuña el Cetro, y vuestra cabeza mantiene la Corona de España, comience à ser feudataria. Y asi, Señor, los Reyes Moros Vasallos vuestros, os daràn hasta cien mil Cavalleros. Aqui estoy yo, que abrirè el ca-*

camino, y marcharè por vuestro aposentador à la frente de mil y novecientos Cavalleros, amigos, y parientes mios.

El Rey, agradecido, siguiò el parecer del Cid, y luego al punto suplicò del Breve al Papa, diciendo, los Cristianos Españoles à costa de su sangre havian recuperado sus Reynos, y que si en algunas ocasiones havian entrado algunos Emperadores en los terminos de España, havia sido para agregarlos à la Corona de Francia: y asi, que al mismo precio de su sangre estaban los Españoles en defender su libertad. Escribiò tambien al Emperador diciendo, que la pretension en que le havian puesto no iba bien fundada; y asi que le suplicaba, que no le estorvase hacer guerra à los enemigos de la Religion Catolica, y estender el Imperio de Christo; y que sino desistia de la pretension, estaba pronto para ir à responder con las armas en la mano.

Mientras iba la respuesta, no se descuidò el Rey en prevenirse, y comenzò à marchar con ocho mil y novecientos Cavalleros. Iba delante el Cid abriendo camino, y haviendo pasado los Pirineos se alteraron de modo los Franceses, que comenzaron à negarles los bastimentos; pero el Cid talando los campos, les obligò à dar por fuerza lo que havian reusado dar por el debido precio. Saliò al encuentro el Conde Raymundo, Gobernador de Saboya, con veinte mil Cavalleros, y sobre asentar el Campo se rompió una batalla en que fuè vencido, y preso el Conde con otros muchos de su partido. Noticioso el Papa, y el Emperador del valor de los Españoles, y determinacion con que se iba acercando el Rey Don Fernando, como tambien de los esfuerzos, y hazañas, que proseguia obrando su gran Capitan el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, enviaron à decir, que se podia volver, que le reconocia esento del feudo, que se le havia pedido.

Consultò el Rey al Cid, y à los demàs Cavalleros, què se havia de hacer en este caso; y se resolviò que el Conde D. Rodrigo Diaz, el Asturiano, y Alvar Fañez, pasasen à estar con el Papa, y el Emperador, para repre-

sen-

sentarles, que el Rey de España estaba determinado à no retirarse hasta que se decidiese su causa en justicia. El Papa enviò à Ruperto, ò Roberto, Cardenal de Santa Sabina, con otros Cavalleros que vinieron de parte del Emperador, los quales haviendo tratado el punto se resolviò la causa à favor de la Corona de España, y desde entonces quedò el estilo de llamar al Rey de España: Par del Emperador, que es ser igual al Emperador. Tanto como esto importaba, que al lado de los Reyes estubiesen animos del zelo, y valor del Cid: pues verdaderamente, si este grande hombre no huviera ocurrido à este suceso estubiera España tributaria de los Emperadores.

Pasando ya mas adelante las cosas, como tambien la muerte del Rey Don Sancho, de que ya hemos hablado, y asi mismo el segundo casamiento del Cid con Doña Ximena Diaz, sobrina del Rey D. Sancho, è hija del Conde Don Diego de Asturias, en quien tubo un hijo, que se llamò Diego Ruiz, y dos hijas, Doña Elvira, y Doña Sol, vino el Rey D. Alonso, que se hallaba en Toledo à tomar posesion del Reyno. Dirigiò su camino à Zamora, donde luego comenzò à tratar con su hermana Doña Urraca, y con otras personas ilustres de la Administracion del Reyno. Llegaron los Castellanos, Leoneses, Gallegos, y Navarros à cumplimentarle, y recibirle por su Señor: pero dixeron que por quanto se havia divulgado por toda Castilla, que su Magestad havia intervenido en la muerte de D. Sancho su Rey, era preciso, que jurase antes de tomar posesion de la Corona, que no havia sido parte en la traycion de Bellido Delfos, y sin esperar à que jurase, llegaron todos à besarle la mano, excepto el Cid.

Echò menos el Rey, que el Cid huviese rehusado esta accion, y procurò examinar la causa. Rodrigo Diaz, sin esperar à que otro respondiese dixo: *Señor, quantos estàn presentes sospechan, que por vuestro consejo fuè muerto el Rey D. Sancho; y asi yo por veros libre de esta sospecha, atendiendo à vuestro honor, mientras V. M. no se purgare de*

esta

esta vulgar opinion, *segun dispone el Derecho*, *yo me tengo de abstener de besaros publicamente la mano*, *y de reconoceros por mi Señor*. Respondiò el Rey: Rodrigo Diaz, mucho me haveis agradado en lo que haveis dicho. Y pasò à preguntar à los Grandes: Y còmo me librarè de semejante sospecha? Dixeron: Señor jurando publicamente, y con solemnidad doce Cavalleros de los que acompañàron à V. M. en Toledo, y haciendo este juramento en la Ciudad de Burgos, cabeza de Castilla.

Disputòse entre los Cavalleros Castellanos quien se havia de encargar de hacer esta funcion, y de representar la parte del Reyno. Aunque la funcion era de grande honor, porque son pocos los que se hallan que quieran sacar la cara por el comun, por no perder la conveniencia particular, el Cid advertido de lo que sucede à los que se ponen de parte del bien publico, admitiò hacer la representacion del Reyno de Castilla. Al dia señalado el Rey, asistido de los Grandes saliò de su Palacio, que era lo que ahora se llama casa de los Picos. Subiò à la Iglesia de Santa Agueda (Iglesia determinadá para los juramentos) y puesto en el Teatro de modo que todos viesen la funcion, llegò el Cid, tomò el Libro de los Evangelios, y pusole sobre el Altar, y poniendo el Rey las manos sobre èl, dixo Rodrigo Diaz: *Rey D. Alonso, vos venides à jurar por la muerte del Rey Don Sancho vuestro hermano, que vos non le matastes, nin fuisteis ende consejador, decid la verdad, si non tal muerte murades como èl muriò: Villano vos mate, è non Fidalgo, è de otra tierra venga; è non sea Castellano.* El Rey, y los Cavalleros respondieron. *Amen.*

No se contentò el Cid el haver dicho estas palabras una vez sola: repitiòlas por tres veces; à que satisfizo el Rey con los Cavalleros en la misma forma. Al segundo juramento dice la Cronica manuscrita del Cid, que el Rey se sonrojò, y que à la tercera se puso muy encendido: Y pareciendole, que el Cid de leal por su Patria, y por su Rey muerto se havia pasado al extremo de atrevido, dixo D. Alonso: *Varon Rui*

acompañado de ciento y quince Cavalleros ademàs de otros que se le juntaron, con esperanza de mejorar de fortuna.

Dando principio à su empresa, tomo el camino de Lara, y llegò al Espinar donde hizo alto hasta cerrar la noche: aqui se juntaron otros muchos Cavalleros, y Soldados de Infanteria. Otro dia pasando el Duero, hizo noche en Higueruela. Aunque al Cid animaba su gran corazon, como discreto, no dexaba de prevenir peligros, y temer de entrar por medio de sus enemigos, y en tierra donde no tenia que esperar socorro, sino que le viniese del Cielo. Con este cuidado se entregò al sueño, y en èl tuvo un aviso del Cielo, que le dixo que prosiguiese sin temor su jornada. Otro dia de mañana, animando los que le seguian, marchò à Sierra de Miedes, que està à mano derecha de Atienza. Allì hizo muestra de la gente que le seguia, y hallò, que eran quatrocientos de à caballo, y tres mil Infantes, que todos iban con el valor, y animo de mejorar de fortuna. Viendose el Cid con gente tan escogida, determinò pasar aquella noche à la Sierra, y ponerse cerca del Castillo de Castrejon.

Despues de haver cogido este Castillo le dexò, porque aquella tierra estaba à feudo del Rey D. Alonso, y no dar que decir à la envidia, y pasò à tomar el Castillo de Alcocèr. Alli mandò, que hiciesen un foso, para que su gente estuviese libre de alguna sorpresa. Asentadas en una colina cerca del Castillo las tiendas, pasò con la caballeria à registrar el Castillo. Sobresaltados los Moros de vèr sobre sì al Cid, determinaron pagarle tributo con condicion de que no se apoderase de la fortaleza. El Cid conociendo, que no seria dificultoso quitar el Castillo à los que con sola su vista havia puesto tanto miedo, no quiso admitir el partido. Despues de haver hecho algunas correrias, y carabanas, aprovechandose de la estratagema de Josue, hizo levantar el campo dexando de industria en èl algunas tiendas. Puestos en orden de marchar se enderezaron con su vandera levantada por las riveras del Rio Jalon.

Al vèr los Moros la gente del Cid en forma de huida, se persuadieron, que marchaba por falta de viveres, y que fallidos con el hambre dexaban algunas tiendas. Acordaron ir en su alcance, saliendo del Castillo con grande algazara. El Cid advirtiò à los suyos, que no hiciesen aprecio de sus voces, y griteria, sino que procurasen ir siguiendo sus pasos. Ya que les viò à buena distancia de Alcocèr, revolviò tan de recio sobre ellos, que del primer golpe dexò à muchos muertos, y à los demàs aturdidos: desuerte, que adelantandose con los caballos mas ligeros se entrò en el Castillo, y Pedro Bermudez, su Alferez, fixò en el lugar mas alto la vandera del Cid. Agradeció al Cielo esta empresa, y puesto de rodillas diò gracias à Dios, y à su Santisima Madre de quien era muy devoto, por haverle hecho dueño de un Castillo tan fuerte. Entonces el Rey de Toledo, por redimir la vejacion, que el Cid hacia en tierra de Guadalaxara tuvo à bien de darle sueldo, porque no prosiguiese en hacer daño en sus dominios; y asimismo le encargò, que pasase à correr la tierra del Rey de Valencia Alcamin, ò Abubecàr, el qual siendo Alcayde de Valencia, puesto por Almaymon, se havia levantado con el Reyno, que no era suyo, sino de èste.

CAPITULO IV.

Cercado el Cid en el Castillo de Alcocèr, sale, y mata treinta mil Moros, presente que hizo à el Rey Don Alonso, Batalla famosa, que ganò à el Rey de Denia, à el de Aragon, y à el Conde de Barcelona. Levantase el destierro del Cid, y toma por armas à Toledo, y despues pone el Cid en posesion de Valencia à el Rey Moro de Toledo, despues de vencido.

CAusò tanto miedo la toma del Castillo de Alcocèr à los Moros, les espantaron tanto las correrias, que los puso en gran conflicto. Dieron aviso al Rey de Valencia, de que no se alegrò mucho por el miedo que el Cid havia infundido en el corazon de los Mahometanos; pero considerando que por valiente que fuese el Cid, no seria dificultoso cortarle los

los pasos, llamò à dos Reyezuelos de su dependencia, llamados Faris, y Galbes, para que con tres mil Cavalleros, y los peones que pudiesen juntar, que fueron muchos, fuesen à Alcocèr; y cantando ya la victoria en su fantasìa les diò apretadas ordenes, para que le llevasen preso al Cid. Salieron los dos Reyezuelos, divulgando por donde pasaban, que iban à prender al Cid, con que llegaron à juntar una Morisma innumerable. Llegaron à Alcocèr, y cercaron de modo el Castillo, que los Castellanos no podian salir à tomar agua. Considerando Rodrigo Diaz, que la tardanza en la resolucion no le podia estar bien, porque de parte alguna no podia esperar socorro, determinò salir quanto antes à pelear con los Reyes que le venian à prender. Todos los Soldados del Cid à una voz aprobaron la determinacion, con que resolvieron salir contra los Moros otro dia muy de mañana.

Aquella noche se encomendò el Cid muy de veras à Dios, y à su Santisima Madre, y con esta tan buena prevencion, y tan Divinos Patronos dexando dos Soldados en el Castillo por Guardas, saliò contra aquella multitud de enemigos de la Religion Catolica, los quales fueron luego desbaratados, no obstante haver sido bien reñida la batalla. Los Reyezuelos procuraron volver à recoger su gente, y à ponerla en orden, pero fuè para que se conociesen segunda vez vencidos: con que los Reyezuelos se escaparon à curar las heridas, dexando en el campo muertos treinta mil de los suyos. Faris se acogiò à Teruèl, y Galbes à Calatayud, haviendo dexado muchisimos despojos, y riquisimas alhajas en el campo de batalla.

El Cid, con tanta copia de despojos, determinò lo primero mostrarse agradecido à Dios, y à la Sacratisima Virgen Maria, enviando las vanderas que havia cogido de los Moros à la Iglesia de Santa Maria del Burgo (que oy es la Iglesia del Lugar de Gamonal) y asimismo enviò la limosna para hacer decir mil Misas en el Altar de aquella soberana Reyna, por haverse encomendado à èlla quando saliò desterrado

de

de Castilla. Despues de haver cumplido con su Dios, y su Madre Santisima, enviò al Rey D. Alonso de presente cinquenta caballos, ricamente enjaezados; con otros tantos alfanges pendientes de los arzones. A Alvar Fañez, que fuè el que mas se señalò en aquella batalla, le enviò con este presente al Rey, y luego que lo entregò vino à San Pedro de Cardeña, donde estaba la muger del Cid, à visitar à Doña Ximena, à sus dos hijas, y al Abad San Sisebuto; à quien entregò cinquenta marcos de Plata, y le encargò suplicase à la Divina Magestad por los buenos sucesos de Rodrigo Diaz, y de su gente.

El Rey Don Alonso hizo grande estimacion del presente, que le enviò el Cid, y mucho mas de su generoso animo, por vèr correspondia con beneficios à la accion de que otros se explicaran agraviados enemigos de la Patria, y contrarios à su Rey. Pero como era Ruy Diaz tan Catolico, y propenso à obrar los preceptos de Jesu-Christo, que manda se haga bien à los mismos enemigos, y á aquellos à quienes mas les huviesen agraviado, por tanto era muy propenso à agradar à Dios, cumpliendo exactamente su santa Ley; y por eso el Señor le favorecia tanto en sus grandes empresas. Mostròse el Rey satisfecho de la magnanimidad del Cid, y diò permiso el Rey D. Alonso, para que qualquiera de sus Vasallos pudiese ir libre à militar debaxo de las vanderas del Cid Campeador.

Pareciendo à nuestro gran Burgales, el Cid, que era estrecha aquella tierra, tratò con los Moros, que le diesen en prestito por el Castillo de Alcocèr alguna suma de dinero. La Historia General dice, que le dieron tres mil marcos de plata; pero la Cronica del Cid dice, que seis mil, los quales repartiò entre sus Soldados, que tan valerosamente le servian. Los Moros que le havian tratado sintieron mucho que los dexase. Saliò el invicto Castellano de Alcocèr, y atravesando por el Rio Jalon, llegò à una cumbre que estaba sobre Monreal, de donde con seguridad talaba de modo la tierra, y lugares comarcanos, que

le

le ofrecieron pagar tributo, para que no prosiguiese en molestarles. Ya havia convalecido el Rey Faris; pero no se atreviò à ponerse delante del Campeador. Despues de seis semanas que estuvo en aquella cumbre, que hoy se llama el *Poyo del Cid*, cogiendo el fruto de las riberas del Rio Martìn, se alargò à los campos de Zaragoza, de que no se alegrò el Rey Moro Almudafar. Viendo este Rey los grandes robos, que hacia el Cid à todos aquellos enemigos de Jesu-Christo; pues no era su conato otro, que acabar con ellos, y que al mismo tiempo todos los Moros temian, procurò atraerle àzia si, ofreciendo pagarle sueldo honrado. Vino en ajuste el Cid, y haviendole recibido en Zaragoza, procurò ganarle la voluntad, y de valerse de su dictamen, y consejo, que verdaderamente no le perdiò; porque por los consejos de este gran Capitan, y sus esfuerzos invencibles ganò muchas batallas.

El Rey de Zaragoza Almudafar, estando bien avenido con el Cid vino à morir, haviendo dexado dos hijos, llamado el primogenito Zulema; y el segundo Aben-Alfange, los quales dividieron el Reyno como hermanos, para reñir despues, como enemigos. A Zulema tocò por suerte el partido de Zaragoza, y por fortuna el valor del Cid à quien nombrò por primer Ministro, y por Capitan General de sus Milicias. A Aben-Alfange tocò la tierra de Denia, de que, aunque era el segundo, no quedò satisfecho. Este no atreviendose por sì solo à declarar guerra contra su hermano; por considerarle superior en fuerzas, y porque tenia de su parte al brazo del Cid, hizo liga con el Rey de Aragon, y Conde de Barcelona. El Cid que llegò à entender las ideas del Rey de Denia, saliò à correr sus dominios, que picado, diò pronto aviso à los Aliados, y el Conde de Barcelona acudiò en persona à incorporarse con el Rey de Denia. Juntos los dos idearon coger al Cid descuidado al tiempo que diese la vuelta para Zaragoza. No vinieron con tanto secreto, que el ruido no llegase à los oidos del Cid quando baxaban de la sierra

de

de Tebar del Pinar, que le diò lugar para prepararse.

Rodrigo Diaz diò orden, que caminase adelante la presa, y enviò à decir al Conde de Barcelona, que suplicaba no le pusiese en ocasion de tomar las armas contra su gente, ni que pretendiese hacer mal à los que andaban en su compañia supuesto que no llevaba cosa suya, ni le agraviaba en correr las tierras del Rey de Denia. El Conde desestimò la suplica: con que el Cid se viò obligado à poner los Esquadrones en forma de pelèa, esperando los enemigos en el valle. Luego que los Exercitos se vieron en estado de chocar, echaron mano à las armas; pero los Moros viendose mal parados en los primeros choques, comenzaron à huir. El Conde, y los suyos prosiguieron la batalla con mas esfuerzo, y tesòn, con que el Cid logrò la ocasion de tantear el pulso del Conde, de derribarle del caballo, de quitarle la famosa espada Colada, y de prenderle. Quando los Catalanes vieron preso á su Señor, comenzaron à huir, y los Soldados del Cid prosiguieron el alcance por espacio de tres leguas, en que prendieron à otros muchos. El Cid llevò à su tienda al Conde, donde con toda urbanidad procurò cortejarle, por vèr que sentia mucho la prision. Por diligencias que hizo Rodrigo Diaz para consolarle, no lo pudo conseguir, hasta que le dixo que le daria libertad; juntamente con los dos Cavalleros que fuesen de su primera estimacion. Con esto respirò el Conde, y haviendo comido marchò con los dos Cavalleros parientes, D. Hugo, y D. Guillen Bernalt, y el Cid se volviò à Zaragoza haviendo dado libertad à los demàs Vasallos del Conde.

En el tiempo en que nuestro Capitan Burgales anduvo desterrado adquiriò mas nombre, y fama, que podia haver conseguido en su Patria. En este tiempo intentò el Rey D. Alonso recobrar el Reyno de Toledo, porque ya era muerto su amigo el Rey Moro Alymaymon, y para empresa tan ardua se viò obligado á llamar al Cid le viniese à ayudar, levantandole el destierro, y ofreciendole honrada satisfaccion de los agravios, que se ha-

vian hecho à su persona. Acudiò puntual, preciandose de fiel Vasallo à su Rey, acompañado de sus muy esforzados Cavalleros, como instruidos en la escuela de tan diestro Campeador. El Rey le recibiò con agasajo; prometiòle hacer buenos partidos, y le encargò, que no levantase la mano hasta coger el Castillo de Rueda, y prender al traydor Aben-Falaz, que havia muerto á tantos Señores principales en el Castillo de Rueda. El Cid passò luego à cercar el Castillo, y puso el cordon tan apretado, que obligò à que los Moros fallidos de hambre, se rindieron cautivos, y à los pocos que quedaron con el Autor de la traycion cogido el Castillo, enviò presos al Rey D. Alonso, con quienes executò el castigo correspondiente.

Hechas todas las provisiones para coger à Toledo, pidiò asimismo favor al Rey de Aragon D. Alonso, y otros Principes de Francia, que todos juntos marcharon corriendo la principal diligencia por Rodrigo de Vivar, que tenia el baston de Capitan General. Durante el cerco experimentaron los nuestros mas adversa que prospera la fortuna; y tanto, que los grandes deseos se iban transformando en desconfianzas. Huvieran levantado el cerco, si el glorioso Doctor S. Isidoro no huviera dado aviso al Venerable Cipriano, Obispo de Leon, para que persuadiese al Rey, que no levantase el sitio, porque dentro de quince dias se rendirian los Moros. Con este aviso se alentaron los Cristianos, y persistieron constantes, hasta que los Arabes se dieron baxo unas condiciones que les otorgò el Rey por la grande gana que tenia de apoderarse de aquella Ciudad. Salieron los Moros à entregar las llaves al Rey dia de S. Urban. D. Rodrigo Diaz de Vivar entrò en Toledo con el Estandarte Real guiando al Rey Don Alonso hasta que entrase en el Alcazar.

Tratò el Rey de el estado politico de la Ciudad, y de poner en orden el gobierno; y porque estaba en el conocimiento de que era forzoso poner en Toledo Gobernador de gran prudencia, valor, y zelo, y que fuese te-

temido de los Moros, escogiò al famoso Rodrigo Diaz, dandole el Titulo de Principe de la Milicia Toledana. Dexò el Rey à su cargo mil Cavalleros Hijos-Dalgos, para que no atreviendose los Moros à oponerse, mantuviese en paz la Republica.

Quando Hiaya, Rey Moro de Toledo, entregò la Ciudad al Rey D. Alonso, pactò con èl, que le havia de ayudar à recobrar el Reyno de Valencia, que havia sido de Alymaymon su abuelo, y se havia levantado con el Abubecar à quien havia puesto por Alcayde. Saliò Hiaya acompañado de los esquadrones, que le diò el Rey D. Alonso, y con la ayuda del Cid le puso en posesion de Valencia, y expeliò al usurpador Abubecar.

CAPITULO V.

Tercero destierro del Cid, conquista famosisima en la toma de Valencia, y justicia que administrò con aquellos Moros.

TODO ya sosegado, enviò el Rey D. Alonso á llamar al Cid le viniese à ayudar contra los Moros Almorabides, que hacian notables estragos asi en los dominios de los Cristianos, como en los de los Moros. El Cid procurò juntar sus Cavalleros, y demas gente para venir à juntarse con el Rey D. Alonso; pero juzgando, que el Rey se detendria algun tiempo en componer las tropas, caminò con algun despacio, y porque necesitaba ir ganando la comida por el camino hasta llegar à Medina-Cœli donde esperò al Rey, entendiendo, que havia de pasar por alli; pero se enderezò à Alaedo por otro camino. Avisados los Almorabides de que el Rey, y el Cid venian en su alcance, levantaron el cerco del Castillo de Alaedo. Llegò el Rey à esta fortaleza, y dexandola bien prevenida, diò la buelta para Castilla, sin haverse juntado à èl el Cid, lo que sintiò mucho.

Los emulos de Rodrigo Diaz reconociendo, que el Rey D. Alonso estaba sentido de que el Cid no se huviese incorporado con su Exercito, hallaron buena ocasion para acusarle, y hacer creer à el Rey, que no ha-

havia acudido por vengarse del destierro, quando le expeliò de sus dominios, y que podia conocer, que no deseaba los aumentos de su Reyno. Fray Juan Gil Zamorense dice, que un Soldado pasò à estar con el Rey D. Alonso, y que le dixo, como Rodrigo Diaz de Vivar era traydor à su Magestad, que con grande arte de palabras, y de algunas acciones exteriores encubria la traycion; y para que entendiese, que le decia la verdad, se ofrecia à probarle en desafio campal. Creyòle el Rey, y despachò Decreto, que le quitasen los Estados, que le confiscasen los bienes, y que prendiesen à su muger Doña Ximena, y à sus hijas. Noticioso el Cid de lo que pasaba por su familia, remitiò desde Valencia, donde se volviò despues que no encontrò al Rey, otro Soldado, para que cumpliese el desafio, y diese satisfaccion al Rey por palabra de su lealtad, y fidelidad con los motivos de no haverse encontrado con èl; y asi, dice este mismo Autor, que haviendo el Rey D. Alonso oido la escusa del Cid, y la aceptacion del desafio, revocò el Decreto de la prision de Doña Ximena, y sus hijas; pero no diò lugar à que se executase el desafio.

La Cronica del Cid no pone este reto, ò desafio; pero dice, que el Cid enviò à un Cavallero, para que dixese, que si havia Conde Rico-Hombre, ò Cavallero, que afirmase, que tenia mas firme voluntad de servir al Rey, que èl, que saliese à probarlo con su espada, ò lanza al campo. Llegò à levantar tanta llama la envidia en el corazon de los emulos, que noticiosos de que Rodrigo Diaz estaba sobre un castillo de Zaragoza, pidieron gente al Rey D. Alonso para ir contra èl; pero el Rey aunque estaba desazonado, no quiso concedersela. Como se miraba el Cid fuera de la gracia del Rey D. Alonso, se andaba ya una vez en Valencia, ya otra en Zaragoza, haciendo correrias, y defensas muy utiles para estos Reyes; quando en estos tiempos vinieron los Moros Almorabides sobre Valencia, y la cogieron, teniendo la desgracia el Rey Hiaya, que el Cid se hallase

en

en Zaragoza. Llegaron los Almorabides à Valencia, y la entraron haciendo de cabeza Abenjaf. Hubo el dia de la entrada una gran mortandad, porque mataron à todos quantos eran de la parte del Rey Hiaya, y que se havian explicado aficionados al Cid. Al dia siguiente pasaron al Alcazar en busca de Hiaya, que ya entre sus muchas mugeres se havia retirado à una casa pequeña. Apoderaronse del Alcazar, y robaron quanto precioso en èl hallaron, matando à un Cristiano, y à otros Moros que estaban de guarda; y prendieron al Almojarife del Cid. Abenjaf, hecho dueño de Valencia no parò hasta buscar, y encontrar al Rey, para quitarle el gran tesoro, que tenia consigo. Encontròle, y haviendosele robado mandò luego, que le cortasen la cabeza, y que le echasen en una laguna. Dexaron el cuerpo en el corral de la casa donde estaba, y un Vasallo de compasion le recogiò, y otro dia embuelto en una estera vieja, le diò por sepultura un muladar.

Llegaron à noticia del Cid todas estas novedades tan infaustas, y determinò luego recoger gente, y pasar à vengar la muerte del Rey de Valencia, con animo de expeler al Tyrano de èlla, y hacerse Señor de aquel Reyno, sujetandole à la obediencia del Rey D. Alonso de Castilla, pues el Cid, en medio de estar en desgracia de su Soberano, era tanta su lealtad à su Monarca, que pudiendo, y teniendo la ocasion tan à la mano de hacerse Rey de un Reyno tan opulento no quiso, reconociendose siempre Vasallo de D. Alonso.

Dispuestas todas las cosas, marchò el Cid contra Valencia, cercòla, haviendo desbaratado antes algunos Arrabales. Los Valencianos, que se vieron cercados del Cid, enviaron à pedir socorro al Rey de Zaragoza, y à Aben-Axa Capitan de los Almorabides, que cogida Valencia se saliò de èlla, dexando allì à Abenjaf. Luego que Aben-Axa recibiò las cartas de los Valencianos les escribiò, que presto pasaria à librarlos del conflicto en que se hallaban. El Cid, à quien nada se le pasaba por alto, discurria los medios que podria hacer, pa-

contra los Cristianos. El Cid en esta ocasion se viò muy apretado por haverse metido en su casa, que fueron à cercar los Moros, esperandole à la puerta; pero hizo romper un portillo por donde saliò con grande riesgo de la vida. Libre de aquel peligro, advirtiò, que no convenia hacerles mas guerra, que la cruel que les hacia el hambre, que llegò à ser tanta, que por no padecerla, tuvieron por alivio arrojarse de los muros. El Cid para aterrarlos à que no se arrojasen de las murallas, deseando que quanto antes se acabasen los alimentos, mandò encender grandes hogueras para echar en ellas à quantos se desprendian de los muros. Llegò la Ciudad à tanta carestia, que haviendo consumido los granos, y las carnes de los caballos, y mulas, se determinaron à comer ratones, los cueros de las bacas, y caballos, el orujo de las ubas, los letuarios de las Boticas, y otras cosas indignas de nombrarse. En fin llegò la necesidad à tal extremo, que la cabeza de un caballo que havian muerto en las tablas publicas, se tasò en veinte doblas de oro; y ya no havia quedado mas que una mula, que era de Abenjaf, y otro caballo de su hijo.

Los Ciudadanos desesperados por lo mucho que les apretaba el hambre salieron à entregar las llaves al Cid, à quienes recibiò con semblante enojado, reprehendiendoles su terquedad: mas los Moros, humildes, se sometieron à que hiciese de ellos lo que quisiese. Rodrigo Diaz, viendoles tan rendidos, y conociendo que la ocasion era ya oportuna de apoderarse de la Ciudad, mudò de semblante, y les dixo, que al dia siguiente saliesen Abenjaf, y los Cavalleros principales de Aljama, ò Consejo de Estado, à firmar la entrega de la Ciudad. Otro dia, Jueves ultimo de Junio, despues de la Fiesta de San Juan Bautista, que los Moros llaman Alhansara, à la hora de medio dia entraron los Cristianos à tomar la posesion de la Ciudad, despues de nueve meses de cerco, y conforme entraban, se iban apoderando de las Torres. Otro dia entrò el Cid à la Ciudad, celebrando el triun-

triunfo, y subiò à la Torre mas alta, de donde registrò toda la poblacion; y para irles ganando las voluntades, prometiò hacerles quanto favor pudiese; pero que estubiesen advertidos, que havia conquistado à Valencia, con rendimiento, y vasallage à Don Alonso su Rey: asimismo encargò à los Christianos, que procurasen tratar à los Moros con cortesìa, y respeto.

Tomada la posesion de Valencia, Abenjaf hizo un rico presente, y un quantioso donativo al Cid. Este Principe, como en todo grande, y nada codicioso, avisado de que Abenjaf era muy liberal à costa agena, y que el donativo le havia quitado à los vivanderos que havian acudido à Valencia desde Mallorca, no le quiso recibir, de que recibió Abenjaf notable sentimiento, pasando à sospechar lo que le havia de suceder. Diò despues orden à los de Aljama, ò Consejo de la Ciudad, para que acudiesen à la Huerta nueva; donde les dixo: Que estaba cierto, que por singular favor del Cielo havia ganado la Ciudad; pues quando llegò la primera vez à Juballa se havia visto destituido de todo favor humano; y asi, por tener muy presente el favor Divino, les daba palabra de procurar mantener la Ciudad con toda equidad, y justicia; y que estaba en juicio; que si daba lugar à cosa que no fuese de razon, se la quitaria quien se la havia dado.

Advirtiòles tambien, que solo les pedia las rentas, que segun sus Leyes daban à sus Señores; y que dos dias à la semana, Lunes, y Jueves, asistiria à la Audiencia à sentenciar sus causas; y que si acaeciesen pleytos, que pidan pronto despacho, podrian acudir quando gustasen, que siempre le hallarian desocupado, y harè justicia, dixo, como la pudiera hacer vuestro pariente, y amigo. Y para que esto conste, digo, que desde luego propongo, que he tenido noticia, que Abenjaf, sin justicia, ni razon ha molestado à algunos para hacerme un rico presente, y un quantioso donativo: yo no le he querido recibir, porque no hay ley, que permita hacer galanterìas à costa agena. Si

alguno se sintiere agraviado, acuda à mì, que serà proveido de justicia.

Tambien sabeis, que quitè el tesoro, que llevaban à Murcia los Mensageros, quando os permitì los quince dias de treguas, y que buscaseis quin os viniese à favorecer en el cerco, no permitiendo, que los Mensageros llebasen mas que aquellos maravedises necesarios para su manutencion de ida, y vuelta; y sin embargo de poder quedarme con èl, estoy resuelto à que lo que se hallare ser de particulares se restituya à cada uno, haviendo hecho la probanza. Ahora haced el pleyto omenage, y entended, que soy vuestro Señor, y que haveis de obedecer mis decretos. Diò orden al Almojarife Abdalla, su Administrador principal de las Rentas Reales, para que nombrase Ministros inferiores, que tuviesen la incumbencia de cobrar las Rentas, con que se resolviò la Junta, y los Moros quedaron muy contentos, dandose el parabien de haver obtenido un Principe tan justo, y desinteresado. Propuso tambien el Cid à los Moros, que si gustaban de que Abenjaf se quedase por Alcayde? Muchos de ellos respondieron: Que no venian en tener por Gobernador persona, que por tantas causas debia morir. En vista de esto mandò el Cid, que prendiesen à Abenjaf, y que le pusiesen en question de tormento, apretandole hasta que declarase todo el tesoro, que paraba en su poder; con que el Cid, y los suyos quedaron poderosos, y ricos. Toda esta Historia de la Conquista de Valencia està sacada de la que comienza por el Rey Don Fruela II. que concluye diciendo, que todo se finalizò en el discurso de nueve meses.

CAPITULO VI.

Cercan los Moros de Sevilla à Valencia, y los destroza el Cid, matando mas de veinte y cinco mil; invia el Cid por su familia, y hace un gran presente à el Rey Don Alonso. Famosissima Batalla, que ganò à los Moros en Valencia, y otra capitaneada de veinte y seis Reyes Moros, y otro presente, que remitiò à el Rey Don Alonso.

LUEGO que corriò la voz, que el Cid havia ganado à

à Valencia Ali-Aben-Axa, Caudillo de los Almorabides, juntò un Exercito de treinta mil hombres: y se le entregò à su yerno, à quien havia puesto por Rey de Sevilla, para que con la gente que èl pudiese agregar, pasase à quitar al Cid la Ciudad de Valencia. A toda priesa caminò el Moro, y puso el cerco à Valencia. Pero el Cid que no sufria verse cercado, saliò luego à èl con su gente, y le acometiò cerca de las murallas proximas à la Huerta de Villanueva. Defendieronse los Moros con valor; pero por ultimo consiguiò el Señor de Valencia la victoria dexando muertos como veinte mil Moros, y en el alcance, que durò hasta Jativa, fueron muertos, y ahogados en el rio cinco mil. Tres golpes alcanzaron al Rey de Sevilla, con que escarmentado se escapò con los pocos que havian quedado. La Historia General dice, que solo quedaron con vida mil y quinientos Moros. En esta batalla se portò con gran valor Martin Pelaez el Asturiano, à quien la industria del Cid de cobarde hizo muy animoso, y esforzado Cavallero. Haviendo vuelto al campo los nuestros, encontraron tan gran tesoro, que vino à tocar à los Soldados de infanteria diez mil marcos de plata à cada uno. La Historia General, que empieza por D. Fruela, asegura que el Cid cogiò en esta batalla el celebre caballo Bavieca.

Conseguida esta victoria comenzò el Cid à tratar como reparar las Iglesias que los Moros havian reducido à Mezquitas. Ofreciò Rodrigo Diaz rentas para la mesa del Obispo, y sus Canonigos. Y de nueve Mezquitas hicieron nueve Iglesias Parroquiales, dedicando la mayor al Apostol San Pedro, y la que estaba cerca del Alcazar, à donde el Cid acudia de ordinario à los Divinos oficios, fuè consagrada à nuestra Señora; con el Titulo de *Santa Maria de las Virtudes*, que fuè la Iglesia Catedral.

Dispuesto el Gobierno Politico, y Eclesiastico de la Ciudad de Valencia, determinò el Cid enviar por Doña Ximena, y sus hijas, que las havia dexado quando saliò al destierro en poder del Santo Abad de San Pedro de Cardeña, San Sisebuto, y vi-

viviān en las casas inmediatas al Monasterio. Estuvo con Alvar Fañez, y Martin Antolinez, y les dixo: Que era razon de dar aviso al Rey D. Alonso, como havia ganado la Ciudad de Valencia con dependencia à su Corona, y que havia determinado, que los dos pasasen à Castilla, y presentasen à su Magestad en reconocimiento doscientos caballos muy bien enjaezados: que le besasen la mano de su parte, y que le suplicasen diese licencia, que pasase à Valencia su familia. Entregòles trescientos y treinta marcos de oro, y mil y trescientos de plata, los mil marcos de plata, para que los diese à S. Sisebuto, Abad de Cardeña: los trescientos de plata, y los trescientos de oro para el desempeño de los cofres, que quedaron en poder de los Judios Raquel, y Bidas, y les dixo, que de ganancia les diesen lo que era justo: y los treinta marcos de oro restantes serviràn, para que mi familia venga con el decoro, y honra debida.

Haviendo entrado en Castilla Alvar Fañez con doscientos Cavalleros de su compañia, y Martin Antolinez con cinquenta, informados de que el Rey se hallaba en Palencia, se dirigieron allà, y le encontraron al salir de Misa. El Rey, al vèr la compañia tan lucida, preguntò: Què gente era aquella? Dixeronle, que eran Soldados del Cid. Recibiòlos con notable agrado, y les preguntò: *Què noticias traian de su muy leal Vasallo Rodrigo Diaz?* Respondiò Alvar Fañez: *Señor, Rodrigo Diaz nos envia à que en su nombre besemos la mano à V. M. poniendose à la obediencia como Vasallo à su Señor natural; y asi participa, y da noticia de que despues que partiò de Castilla venciò tres batallas campales; y ganò muchos Castillos, y la noble Ciudad de Valencia, la qual conquistò con rendimiento, y vasallage à V. M. Ha hecho à esta gran Ciudad Episcopal, y ha nombrado por Obispo al honrado D. Geronymo, vuestro Capellan, para honra, y gloria de la Fè de Jesu-Christo. Y en reconocimiento del Señorio, remite à V. M. de la ganancia de la guerra estos doscientos caballos asi ricamente enjaezados.*

Maravillaronse el Rey, y los circunstantes de tan impensadas, y gloriosas conquis-

quistas, y atribuyendolas à disposicion Divina dieron muchas gracias à Dios. El Rey hizo grande estimacion del presente, y de que en su nombre movido solo de su gran fidelidad, huviese tomado posesion de Valencia. Alvar Fañez reconociendo, que el Rey estaba desengañado de las falacias de los emulos, pasò à representarle, que Rodrigo de Vivar, pedia por merced diese lugar para llevar à Valencia à Doña Ximena, y à sus hijas. Don Alonso conociendo la grande lealtad del Cid, y satisfecho de que en su corazon no havia de tener entrada la soberania, ni el deseo de levantarse con el Titulo de Rey de Valencia, no solo diò lugar, para que Alvar Fañez llevase la familia, sino que diò à entender, que le harian gusto en que los Soldados, que quisiesen pasasen á incorporarse en las compañias del Cid. Agradecido el Rey mandò à un Oficial suyo, que asistiesen con lo necesario à Alvar Fañez, y à la familia de Rodrigo Diaz hasta el ultimo termino de sus dominios, y encargò à Alvar Fañez, que dixese al Cid: *Que en hora buena fuese Señor de Valencia, de todo lo que havia ganado, y de lo que en adelante ganare, porque èl solo se contentaba con el reconocimiento, y fidelidad de su corazon.*

Desde Palencia vinieron Alvar Fañez, y Martin Antolinez à Burgos, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones de los paisanos, y fueron muy agasajados de sus parientes. Satisfechos los Judios Raquel, y Bidas, del emprestito que hicieron al Cid. Martin Antolinez desengañò à los Judios, que el mayor peso que tenian los cofres era de piedra, y arena, de que se maravillaron, y conocieron la gran confianza, que se podia tener de las palabras del Cid. Pasaron despues los Mensageros al Monasterio de Cardeña, donde fuè muy celebrada su venida, y entregaron al Santo Abad Sisebuto la limosna que enviaba el Cid. Doña Ximena, y sus hijas se alegraron mucho con las nuevas, y haver visto à Alvar Fañez, y Antolinez. Fueron hospedados dentro del Monasterio todo el tiempo que se retardò en disponer el viage de Doña Ximena,

mena, y sus hijas, à quienes acompañaron setenta Cavalleros, y otros muchos Soldados Castellanos, que determinaron pasar à Valencia à militar baxo la vandera del Cid. Todos fueron recibidos en la Ciudad con grande regocijo, y con muchas fiestas, que hicieron los Valencianos.

Todas estas victorias, y las que despues ganò el Cid, atestigan, que el Cielo le favorecia con especial asistencia; y manifiestan fuè verdadera la aparicion de San Lazaro, y ciertas las palabras, que le diò, de que no dudase acometer à sus contrarios quando sintiese el ardor, y espiritu que havia experimentado en sueños. Y à no ser asi, se le podia arguir al Cid de temerario, è imprudente en acometer à unos Exercitos tan quantiosos, è innumerables con su poca gente, de manera, que aun despues se viò obligado à pelear contra todo el poder de Africa, y le venciò, como ahora veremos.

Pasados tres meses despues, que el Cid tenia toda su familia en Valencia, tuvo aviso, que havia aportado una grande Armada de Africanos, capitaneada del Rey Juceph Miramamolin de Marruecos, con animo de quitarle à Valencia. Informado Rodrigo Diaz, que venian contra èl cinquenta mil de à Caballo, y tantos de à pie, que por ser muchos no se ponen en numero, hizo guarnecer los Castillos, y meter en ellos las prevenciones necesarias. Juntò la gente de los Moros vasallos, de quienes tenia mas satisfaccion, y llamò à los Cristianos, y les dixo: *Ea amigos, y parientes, no ignorais los especiales favores, que hemos recibido de Dios, no hay que desconfiar, que Dios nunca se cansa de ayudar à los que toman en su nombre, y por su honra las armas. Un sobervio Exercito de Africanos viene contra nosotros; pero no hay que temer si militamos por defender nuestra Santa Ley.* Como todos los Soldados Castellanos eran escogidos, y animosos, à una voz respondieron, que estaban prontos hasta vencer, ò morir por la Ley de Jesu-Christo su Redentòr. O Catolicos, y esforzados, Soldados de la verdadera Ley!

Parece que al Cid no le

daba

daba mucho cuidado, que tanta Morisma se huviese conjurado contra èl; pues viendo que se havian puesto tantos millares de Moros en la Vega de Valencia, por notar los ademanes, que Doña Ximena, y sus hijas harian como mugeres, hizo que subiesen à la torre mas alta del Alcazar, para que se asombrasen en mirar el Exercito, y en oir la algazara, y ruido de atambores, con que acostumbran caminar los Moros. Atemorizaronse las Señoras, y dixolas el Cid, que no tenian que temer, porque *à mas Moros mas ganancia*; las quales palabras quedaron en España por refran Castellano. Estando en esto reparò el Cid, que unos Moros se desmandaron, y entraron en las huertas: llamò à Alvaro Salvadores, y le diò orden, para que saliese à ellos con doscientos caballos. Saliò contra ellos, y los acometieron tan de recio à vista de Doña Ximena, y las hijas, que los hicieron salir mas que de paso, y los fueron siguiendo hasta meterlos en sus tiendas, matando, y golpeando à muchos. Alvaro Salvadores, por haver picado con viveza el caballo, se metio tan adentro, que fuè preso por los Moros, sin que alguno de los suyos le pudiese valer.

Otro dia el Cid hizo juntar quantos Soldados tenia, y les propuso las razones que havia, para que defendiesen con gran valor la Ciudad: y por reconocer, que la industria ha vencido mas victorias, que la fuerza, y que en la ocasion presente, por estar el enemigo de bando mayor, convenia discurrir como vencer al Africano con arte, y estratagema militar, propuso Alvar Fañez salir de noche con trescientos caballos, y ponerse en celada en el valle de Albufera, y salir al tiempo de lo mas recio de la batalla entrando por un costado de los enemigos. Pareciò al Cid bien la estratagema de Alvar Fañez, y mandò que la executase. Por la tarde diò orden el devoto Cid, para que todos se previniesen, y que al oir la señal, acudiesen los Christianos à disponerse con los Sacramentos de la Penitencia, y Sagrada Comunion. El Obispo cantò la Misa en la Iglesia de San Pedro; y deseando

este

este gran Prelado pelear por la Fè de Jesu-Christo, pidiò al Cid que le dexase ir en la vanguardia.

Comenzaron à salir por la puerta de la Culebra, llevando la vandera Pedro Bermudez, y antes de ser de dia salieron de la estrechez de las huertas. Quando los Africanos vieron à los Valencianos en el campo, procuraron armarse, y ponerse en forma à toda priesa. El Cid, y el Obispo à su lado, dieron de manera sobre los enemigos, que el Campeador con su grande arte desordenò pronto los primeros esquadrones, dexando à muchos sin vida. Los Moros, como eran tantos, iban cercando à los nuestros; pero el Cid, apellidando à Santiago procurò esforzar à los suyos. En esto saliò Alvar Fañez para acometerlos por el costado. Los Moros al verlos juzgaron que nuevo Exercito daba tras ellos, con que aturdidos comenzaron à huir; y los Cristianos, cobrando nuevo animo, fueron en seguimiento hasta èl Castillo de Torrevèra. Marchò el Cid tambien en el seguimiento, y dando alcance al Rey Juceph, le sacudiò tres golpes, segun dice la Historia General; pero libròse de la muerte por haverse cansado el Caballo Bavieca del Cid. La victoria fuè tan gloriosa, que de los cinquenta mil Cavalleros Moros, solo quince mil, que se embarcaron en las naves, volvieron à su tierra. Juceph saliò tan quebrantado de la batalla, que no le quedaron brios para volver otra vez à España.

Vencida la pelea, los nuestros volvieron à recoger el sueldo de la victoria, que fuè tanto, que no se hallò tasa à su mucho precio, y estimacion; y sin duda que fuè mucha la riqueza que fuè hallada en el campo; porque el Moro trajo mas vanderas en su Exercito, que Cavalleros tenia el Exercito del Cid. Hallaron preso en la tienda del Rey Juceph à Alvaro Salvadores, de que se alegraron mucho los Castellanos, y en la misma tienda se encontrò el escaño de marfil con la espada que llaman la Tizona. Luego el Cid lo primero que mandò à sus Soldados fuè, que diesen gracias à Dios, y à su Santisima Madre, que les huviese favorecido tanto

en tan gloriosa victoria, que à no ser por su favor, y patrocinio, hallaba por imposible el vencer à tan inumerable Morisma.

Despues procurò el Cid hacer participante á su Rey de lo que ganaba con su sudor, como si huviera sido el vasallo mas favorecido. Determinò, que Alvar Fañez, y Pedro Bermudez viniesen à Castilla, y que trajesen à D. Alonso trescientos caballos ricamente enjaezados, y pendientes de los arzones otros tantos alfanjes Moriscos. Tomaron el camino de Valladolid, donde estaba el Rey Don Alonso, y èste, noticioso del presente que le enviaba el Cid, envió à decir à los Mensageros, que no entrasen en la Ciudad hasta otro dia, porque gustaba de verlos en el campo. Saliò el Rey acompañado de la Nobleza. Alvar Fañez, y Pedro Bermudez, al vèr al Rey, se apearon luego, mas el Rey les embiò à decir, que volviesen luego à montar, que deseaba verlos à caballo. Pasaron primero delante del Rey los trescientos caballos, que llevaban de la rienda otros tantos Donceles. A estos se segnian los pages de los Cavalleros puestos en sus caballos, y con las armas en las manos; y despues Alvar Fañez, y Pedro Bermudez asistidos de sus Compañias; y en el ultimo lugar doscientos Soldados con sus picas levantadas.

Haviendo tenido el Rey el gusto que se dexa entender en verlos caminar en esta forma se apearon Alvar Fañez, y Pedro Bermudez, y besaron la mano à su Magestad en nombre del Cid, y comenzaron à referirle la maravillosa victoria, que havia conseguido del Miramamolin de Marruecos, y que del quinto que le havia tocado remitia los trescientos caballos en la forma que havian pasado. Viendo Alvar Fañez, que se havia admirado el Rey se huviese conseguido tan gloriosa batalla, y que hacia grande aprecio del rico presente que le embiaba, considerando, que en embiarle no havia lugar à discurrir otro motivo, que el de su grande fidelidad, pues ya tenia en Valencia toda su familia, dixo Alvar Fañez: Señor, aun os remite la rica tienda que dexò en el cam-

po el Rey Jucepli. El Rey mandò, que la descogiesen, y armasen; y haviendola visto por fuera, se apeò del caballo para verla por dentro. Alabòla mucho, y volviò à dar muestras de que estaba muy agradecido del Cid, dando orden, que aposentasen à Alvar-Fañez, y Pedro Bermudez con todo regalo, y asistencia hasta volver à Valencia.

CAPITULO VII.

Casamiento de las Hijas del Cid con los Infantes de Carrion, y despues con los Infantes de Navarra, y Aragon, con todos los sucesos acontecidos con aquellos.

EL Rey Bucar tomò por empeño el vengar el descredito de la batalla pasada, tomando tan à pechos esta empresa, que procurò juntar quantos Principes, y Soldados pudo sacar de todos los dominios de su hermano Jucepli, Miramamolin de Africa. Juntaronse (segun dice Giliberto, Historiador de los Reyes Moros de Africa) veinte y nueve Reyes, sin los Capitanes, que venian en el Exercito. Junta esta sobervia Armada, desembarcò en la Playa de Valencia. Sabedor el Cid del aparato grande con que venia el Rey Bucar, procurò prevenir su gente para triunfar del Moro. Haviendo llegado al campo, que llaman del Quarto, hicieron en èl su asiento, y armaron en èl cinco mil tiendas de seña, y otra infinidad de Soldados particulares. Desde el Quarto enviò el Rey Bucar al Cid un Mensagero llamado Jamet. El Cid mandò, que entrase, y el Moro al vèr à Rodrigo Diaz sentado en su asiento, quedò tan pasmado, y aturdido, que no pudo hablar palabra. Havia Dios puesto en el Cid tal severidad contra los Moros, que à la primera vista, y quando se ponia severo, à todos dexaba pasmados.

Mudò el Cid de semblante, y le dixo, que propusiese las razones de su Embaxada. Recobrado dixo: ,, Señor ,,Cid Campeador, el Rey ,,Bucar me envia à decir, que ,,le teneis muy enojado, porque le teneis Valencia, que ,,havia sido de sus Abuelos, ,,y porque desbaratasteis à su

,,hermano el Rey Juceph, ,,que se halla en el campo del ,,Quarto con veinte y nueve ,,Reyes, para tomar venganza, y recobrar su Reyno de ,,Valencia à pesar vuestro, y ,,de vuestros Soldados. Mas ,,porque tiene entendido, ,,que sois Cavallero discreto, ,,y atento, dice, que se contenta con que le dexeis à ,,Valencia; y que asegura ,,daros paso franco, para que ,,podais caminar à Castilla ,,con vuestros Soldados, bie- ,,nes, y hacienda; y que sino ,,lo executais asi, harà en vos ,,tal escarmiento, que quede ,,por probervio entre los ,,Cristianos el castigo.

Mucho sintiò el Cid los fieros, y amenazas del Moro; pero sin explicar el menor susto, volviendo à ponerse severo, le dixo: ,,Andad, y no os detengais. ,,Decid à vuestro amo; que ,,he comprado à Valencia à ,,costa de mucho sudor mio, ,,de mis nobles Cavalleros, y ,,mis esforzados Soldados; y ,,que quien la supo ganar, ,,la sabrà tambien defender; ,,y añadid, que no esperarè ,,à que me defiendan las pa- ,,redes, y torres de los mu- ,,ros, que quando vuestro ,,amo no quisiere pelear, yo ,,saldrè à buscarle al campo; ,,porque no me han acobar- ,,dado, ni me acobardaràn ,,quantos turbantes puedan ,,venir de la Morisma. An- ,,dad, y no me volvais otra ,,vez con semejante Embaxa- ,,da. Maravillóse el Rey Bucar de la respuesta, y tratò de pasar à poner el sitio à la Ciudad.

El Cid tratò de disponer su gente para salir al campo otro dia de madrugada. Haviendo confesado, y comulgado los Cristianos, como acostumbraba el devoto Rodrigo Diaz executasen todos antes de entrar en las batallas, antes de rayar el Alva salieron de Valencia à encontrarse con los enemigos. Ya à vista de los Moros, compuso su Exercito en esta forma: Fiò la Vanguardia de Alvar Fañez asistido de quinientos caballos, y mil y quinientos peones; y en la diestra paso à Martin Antolinez, y à Alvaro Salvadores con otros tantos de à caballo, y de à pie. En la izquierda (de que no hace mencion la Chronica manuscrita del Cid) puso al Obispo Don Geronimo, como dice la Historia

General, con seiscientos Cavalleros, y mil y seiscientos Infantes; y el Cid, acompañado de los Infantes de Carrion (que havian pasado à militar debaxo de la vandera del Campeador, y con animo de pedirle sus hijas por esposas) asistidos de mil Cavalleros, armados de cota de malla, y de dos mil y quinientos Infantes.

Dispuesto el Exercito de esta forma, se enderezò al Exercito de los Moros, y dando sobre ellos por diferentes partes, sobre estar los Moros desordenados, los enredò de modo, que hizo que unos à otros se embarazasen, y confundiesen. El Cid, como gran maestro en el Arte Militar, ponia gran cuidado en desquadronar, y confundir al Exercito enemigo. Al vèr el Cid desordenadas las primeras lineas, acudiò à la parte que mas havia perdido el tino en la qual hizo tal destrozo, que comenzaron algunos à volver las espaldas: pero como eran tantos, prosiguieron otros con la batalla, que durò hasta las tres de la tarde: pero por ultimo venciò el Cid. Fueron los nuestros en su seguimiento, y alcanzando el Campeador à vèr al Rey Bucar, picò su caballo con animo de alcanzarle: mas no pudiendo, al entrar en el bajèl le tirò la espada, con que le hiriò en las espaldas.

Murieron en esta batalla muchos de los nuestros; pero sin comparacion fueron muchos mas los que murieron del Exercito enemigo. La Historia General no señala el numero; la Chronica del Cid llegò à contar diez y siete mil; y dice, que fueron muchos mas los que murieron en la retirada, y ahogados en el mar, por lo mucho que temian la espada que los seguia. De los veinte y nueve Reyes quedaron muertos los doce. El Obispo de Palencia D. Rodrigo Sanchez, alegando los Anales escritos en aquel tiempo, que hablaban de esta batalla, dice, que murieron mas de treinta mil Moros, sin contar los que fueron ahogados, y otros muchos que quedaron cautivos. Los despojos fueron muchisimos, y muy ricos, con que tambien cumplimentò el Cid al Rey D. Alonso, à quien siempre miraba como à su Principe Sobe-

berano. Con esta batalla quedaron los Moros tan escarmentados, que hasta despues de mucho tiempo no volvieron à inquietar al Cid, y gozò desde entonces en paz de su Ciudad de Valencia, dandose todo à su buen gobierno, y à esmerarse en las cosas de Dios, y de sus Iglesias.

Estando ya todo sosegado los Infantes de Carrion, para emprender su pretension, se valieron del Rey D. Alonso, para que se interesase con el Cid. Pensò en ello el Rey, y les dixo: que sus intentos mas eran para tratados con Rodrigo Diaz de Vivar; pues conocian su entereza; sin embargo, le darè aviso de vuestros deseos, y le enviarè à decir, que se vea conmigo en Toledo. El Cid informado de los Mensageros, les preguntò: Què les parecia? Respondieron, que en el caso no podian dar consejo, que como padre executase lo que le pareciese mas conveniente; con que dixo el Cid: *Los Infantes de Carrion son homes Fijos-dalgo, è muy lozanos, è aun mucho parientes, è por ende me placerá.*

Dispuso luego el pasar à Toledo, donde el Rey le esperaba; y avisado este de que el Cid estaba cerca, le saliò à recibir, y luego que viò al Rey Rodrigo Diaz se apeò de su caballo, y se echò al suelo para besarle los pies: que tan humilde era este grande hombre, que veneraba à su Monarca con mucho, y cristiano rendimiento. El Rey le dixo: levantaos Cid, que no gusto me beseis los pies. Instaba el Cid; pero el Rey, alargando la mano, dixo: Besad solo la mano, y asi os recibirè en mi amistad. Señor, respondiò el Cid, otorgadme vuestro amor, y de modo, que todos los presentes lo lleguen à entender, de que todos se alegraron, excepto el Conde Garcia Ordoñez, y Alvaro Diaz, que eran sus enemigos.

El Rey llevò al Cid à Palacio, y le tuvo aquel dia por huesped. Al dia siguiente llamò el Rey al Cid, y le dixo: ,,Rodrigo Diaz, por dos co-,,sas os he llamado: La pri-,,mera para veros, porque ,,hago de vuestra persona ,,mucha estimacion, y os ,,agradezco los singulares ,,servicios que me haveis he-

,,cho

,,cho, movido unicamente ,,de vuestro honrado proceder: La segunda es, porque ,,deseo acomodar à vuestras ,,hijas con los Infantes de ,,Carrion, en que parece, ,,que no vàn à perder nada, ,,pues son de igual calidad. Respondiò el Cid: ,, Yo soy ,,su Padre, Vuestra Magestad ,,es Señor, y Rey; mas ellas, ,,y yo estamos rendidos à ,,vuestras ordenes, y asi el ,,gusto de vuestra Magestad ,,serà el nuestro. Al oir el Rey la respuesta, mandò à los Infantes, que fuesen à besar la mano à Rodrigo Diaz. Dixo asimismo à Alvar Fañez, que en su nombre hiciese la funcion de Padrino, y ofreciò trescientos marcos de plata para los gastos. Hechos los conciertos, y el Cid haviendo presentado al Rey treinta caballos enjaezados ricamente, se volviò à Valencia con los Infantes, donde se casaron, haviendo tenido unas magnificas fiestas: y à los Cavalleros, à quienes havia sacado el Cid licencia de Don Alonso, para que pasasen à verlas, al despedirse del Cid para volverse à Castilla, los agasajò con ricos presentes.

A los dos años que los Infantes estaban en Valencia, sucediò, que estando el Cid reposando la siesta, se soltò un Leon de la Leonera, y subiò donde estaban los Señores. Al verle suelto se asustaron todos. El Infante Don Diego procurò esconderse detras del estrado donde el Cid tenia su asiento, y el Infante Don Fernando se retirò huyendo detrás de la viga que servia de prensa del lagar. Los Cavalleros acudieron al quarto donde reposaba el Cid. Despertò al ruido, y al preguntar la causa de haver entrado à su quarto, ò aposento, respondieron: Señor, el Leon se ha salido de la red de hierro, y nos ha puesto en gran susto. Levantòse el Cid, y encerrò al Leon en la jaula en que le havian criado. Preguntò por los yernos; pero aunque oyeron que los llamaban, de miedo no se dieron por entendidos, ni huvieran salido fuera, si no les huviera asegurado, que ya estaba cerrado el Leon.

Quando vieron, que salian perdido el color del susto, los Cavalleros comenzaron à darles chasco por el

va-

valor que havian moſtrado al vèr el Leon, el Cid se puso de parte de los Infantes; pero no por eso dexaron de sospechar, que se discurriò la soltura del Leon: para zumbarse de ellos, de que recibieron grande sentimiento. Disimularon por entonces, haſta que ya pasados algunos meses, pidieron licencia al Cid, para marchar con sus mugeres à Carrion. Concediòselo Rodrigo Diaz, haviendolos regalado con preciosas alhajas de veſtidos de oro, y plata, con una rica bajilla, y muy alentados caballos. Saliòles à despedir el Cid, acompañado de sus principales Cavalleros: pero haviendo reconocido, que el genio de los Infantes no correspondia à su nobleza, encargò à Feliz Muñoz, que fuese acompañando à los Infantes haſta Carrion, y que notase como se portaban con sus hijas.

Haviendo pasado por Albarracin, y Medina-Cœli, y tomando el camino que eſtà entre Atienza, y San Eſtevan de Gormaz, llegaron al Robledo de Corpes, donde hicieron noche. Otro dia dieron orden à la Compañia, que marchase adelante, y quedandose los Infantes con sus mugeres, las desnudaron, las ajaron, y golpearon de modo, que las dexaron como muertas. Felix Muñoz entrò en sospecha, que los Infantes no se havian quedado por bien en la posada de Robledo, con que diò la vuelta algo apartado del camino, y de modo, que llegò à percibir, que se iban alabando de los desafueros, que havian executado en las hijas del Cid. Felix Muñoz los dexò pasar adelante, y se dirigiò à la posada donde quedaban sus primas. Al verlas tan afligidas procurò consolarlas, y animarlas para marchar luego de alli, temeroso de que echandole menos en la compañia que iba adelante, diesen la vuelta, y pasasen à executar otra accion peor. Las Señoras se esforzaron de modo, que otro dia llegaron por camino extraviado à la Torre de Doña Urraca, que eſtaba en la ribera del Duero. Dexando à sus primas alli, marcho à San Eſtevan de Gormaz, donde vivia Diego Tellez, Vasallo q̃ havia sido de Alvar Fañez, y contòle lo que havia sucedi-

do

do con las hijas del Cid.

Luego al punto dispuso vestido, y caballerias, con que fueron los dos à la Torre de Doña Urraca; y las trajeron à San Estevan, y la gente principal las saliò à recibir, agasajandolas con quanto necesitaron. Divulgòse el suceso de modo por toda la tierra, que en breve tiempo llegò à oidos de Don Alonso, de que recibiò gran pesar. No tardò en llegar la noticia à Valencia, y el Cid, que lo sintiò mucho, protestò, que los Infantes no se havian de alabar de la accion.

Despachò luego à Alvar Fañez, à Pedro Bermudez, y à Martin Antolinez con doscientos caballos, para que le trajesen à sus hijas. Llegaron à San Estevan, y hallaron à sus primas ya buenas, y sanas. Alvar Fañez diò las gracias à los de San Estevan por la urbanidad con que se havian portado. Otro dia tomaron el camino para Valencia; y estando ya cerca de la Ciudad, saliò el Cid à recibirlas, y luego que las viò las consolò diciendolas, que por su cuenta corria la satisfaccion de las injurias, que havian recibido de los Infantes de Carriòn.

Enviò pronto el Cid à Nuño Gustios à Castilla à informar al Rey Don Alonso del hecho, diciendole, que no correria tanto por cuenta suya el desagravio, aunque era padre, quanto por la de su Magestad. A que respondiò el Rey, que estaba resuelto à juntar Cortes en Toledo, y hacer que concurrieran à ellas los Infantes, para que se viese, y sentenciase la causa. Tenidas las Cortes, y sentenciados los Infantes à devolver las alhajas, y dineros al Cid que les havia dado, èste les retò por la alevosìa que executaron en maltratar, y desamparar à sus hijas. El Rey admitiò el desafio decretando, que Pedro Bermudez, y Martin Antolinez saliesen al campo con los Infantes. El mismo Rey Don Alonso por su persona introdujo en el campo como padrino à los Cavalleros del Campeador, y los Infantes entraron en èl asistidos de los parientes, y amigos. Empezòse la lid, y haviendo lidiado unos, y otros con grande valor, al fin, viendose muy mal heridos, y maltratados los Infantes, se die-

dieron por vencidos. Concluida la batalla, entrò el Rey acompañado de muchos Nobles, y preguntò à los Jueces, si los Cavalleros del Cid havian ganado el campo? Respondieron que havian vencido como Soldados instruidos por el cèlebre Campeador. Viendo el Rey que todos à una voz decian lo mismo, declarò por alevosos, infames, de poca honra à los Infantes, y mandò à su Mayordomo, que los despojase de los caballos, y armas, y à los Cavalleros del Cid despachò muy agasajados para Valencia, asistidos de sus Soldados, hasta ponerlos fuera de sus dominios, para que no hiciesen los parientes, y amigos de los Infantes con ellos alguna ruindad. Esto es en suma lo que trae la Historia General, la de Vivar, y la Cronica del Cid.

Quando el Rey D. Alonso estaba decretando el desafio, y que Pedro Bermudez, y Martin Antolinez saliesen al campo con los Infantes, llegaron dos Cavalleros, llamados Ochoa Perez, è Iñigo Ximenez en nombre del Infante de Navarra, y del Infante de Aragon, à pedir por mugeres à las hijas del Cid. Celebròse con grande regocijo esta Embaxada en Toledo; y con gran gusto del Rey D. Alonso, del Cid, y demàs Señores, se otorgò quanto en èlla se pedia, porque Rodrigo Diaz havia baxado à Toledo à poner su queja, y à hacer el rèto. Causaràn novedad estos segundos casamientos; pero atendiendo à los muchos repudios matrimoniales, que ocurrian en aquellos tiempos, segun lo expresa Berganza, defendiendo este caso, no hay dificultad. Ademàs que dice como el Obispo D. Geronimo, informado de que los Infantes, y las hijas del Cid eran parientes por parte de las madres, pudo declarar por nulos semejantes casamientos. Asistiò el Rey D. Alonso, y el Cid à la lid, y preguntando èste al Rey, que donde gustaba, que èl, y sus Cavalleros tomasen asiento, respondiò D. Alonso: ,, Son tan grandes vues-,,tros meritos, Rodrigo Diaz, ,,que convenia que los dos ,,tuviesemos un asiento; por-,,que el que vence Reyes, ,,con los Reyes se debe sen-

,,tar, y asi determino, que ,,en adelante vuestro asiento ,,èste contiguo, è inmediato ,,al Trono Real.

Los Infantes de Carrion viendose deshonrados se retiraron à Asturias, y en un Castillo, que les diò un pariente suyo acabaron sus dias.

CAPITULO VIII.

Tiene el Cid aviso del Cielo de su muerte, y como vence ya muerto un Exercito de treinta y seis Reyes, y despues traen su cuerpo para darle sepultura à Cardeña, donde oy permanece con su Esposa Doña Ximena.

VUELTO el Cid á Valencia, y casadas ya sus hijas con los Infantes de Navarra, y Aragon, procurò en quanto le daban los enemigos lugar, servir à su Dios, y mantener en paz sus Estados por medio de sus mas confidentes Capitanes. Pasados cinco años despues que gañò à Valencia, tuvo aviso de que el Rey Bucar sentido de las derrotas pasadas ponia todo esfuerzo en juntar quanta gente podia del Africa, principalmente de la Berberìa, que comprehende los seis Reynos de Barca, Tripoli, Tunez, Argel, Fez, y Marruecos. Haviendose certificado, que estaba ya para embarcarse el Moro, diò orden que quantos Moros havia en Valencia saliesen à vivir en el Alcudia. Desvelado una noche el Cid sobre discurrir, què medios pondria para vencer el Africano, viò una gran claridad, y percibiò en ella un maravilloso olor, y en medio del resplandor se le apareciò una persona de aspecto venerable, de cabello crespo, de vestiduras blancas, y que tenía unas llaves en la mano, quien le dixo que era Pedro, Principe de los Apostoles; mas que le venia à avisar, no de lo que pensaba sobre vencer al Rey Bucar, sino que dentro de treinta dias havia de pasar de esta vida à la eterna. Dixo tambien el Sagrado Apostol: Hagote saber, como tu gente vencerà al Rey Bucar despues de tu muerte por honra de tu cuerpo, y los tuyos alcanzaràn esta victoria con favor de Santiago Apostol; y asi tu trata de hacer penitencia de tus pecados, para conseguir la

la salud eterna, que Jesu-Christo te concede por mi intercesion, y por lo mucho que me has honrado en el Monasterio de Cardeña. Al oir el Cid à San Pedro, se iba à arrojar de la cama, para besar los pies al Santo Apostol, à que no diò lugar el Santo; porque haviendo vuelto á asegurarle de lo dicho, se desapareciò, dexando en el Palacio señales de celestial aparicion. Hasta aqui el ingenioso Historiador Berganza en su Historia de las antiguedades de España.

Prosigue el mismo Autor con lo acontecido despues. Asegurado Rodrigo Diaz, de que era muy cierta la aparicion, mandò llamar por la mañana à las principales personas del Alcazar, y con lagrimas de devocion, y palabras de grande afecto les dixo: Parientes, y amigos mios, muy leales, y honrados, bien sabeis, como el Rey Don Alonso me desterrò repetidas veces, y los mas de vosotros de vuestra bella gracia me haveis acompañado, y favorecido, defendiendo mi persona. Dios por su grande misericordia ha mirado por nosotros, y nos ha dado valor para vencer muchas batallas de Moros. Conozco, que me ayudasteis à ganar, y mantener à Valencia; pero sin embargo, deseo que esta Ciudad no reconozca à otro Señor, que D. Alonso, mi Rey natural. Hallome ya en los ultimos dias de mi vida. Siete noches ha, que en sueños se me representan mi padre Diego Laynez, y mi hijo Diego Rodriguez, y me dicen, que he vivido bastante tiempo en este mundo, y que ya es hora de ir á la Corte Celestial. No diera credito à estos sueños, si por otra parte no estuviera certificado; y asi os digo, que en esta noche el Apostol San Pedro me asegurò, que havia de morir dentro de treinta dias. No ignorais, que el Rey Bucar viene contra Valencia armado de un inumerable Exercito, capitaneado de treinta y seis Reyes Moros. Mirad, si os hallais con animo de defender à Valencia, y con valor para pelear contra tan poderoso enemigo: pero no temais, que yo os informarè del modo como vencerèis, y conseguirèis grande honra, segun me dixo mi Avogado el Sto. Apostol.

Sin-

Sintiòse ya el Cid indispuesto: diò orden, que cerrasen todas las puertas de la Ciudad, para ir à la Iglesia de San Pedro en compañia del Obispo D. Geronimo, y de los demas principales Cavalleros, para despedirse publicamente de todos. Hallandose ya en la Iglesia, estando en pie les dixo: *Parientes, y amigos mios, bien sabeis, que la muerte es tributo que todos hemos de pagar; y asi os digo, que ya me estàn executando por èl. Tambien os digo, que mi cuerpo nunca fue vencido, ni vilipendiado por especial favor del Cielo, y asi os encargo, que le defendais, quando le viereis muerto, del modo, y forma, que os diràn el Obispo Don Geronimo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez.* Haviendo dicho esto, se retiro con el Obispo D. Geronimo, y puesto de rodillas, se confessò generalmente de todos sus excesos, y pecados. Hecha la Confession se despidiò de todos con demostracion del grande afecto que les tenia, y se retirò al Alcazar (estaba este donde el Marquès de Moya tiene hoy su Palacio) y se echo en la cama de donde no se volviò à levantar.

El dia antes que muriese mandò el Cid llamar al Obispo Don Geronimo, à Doña Ximena, Alvar Fañez, Pedro Bermudez, y à Gil Diaz, para prevenirles como havian de lavar, ungir, y embalsamar su cuerpo, y explicò, dando muchas gracias à Dios, que estaba en inteligencia, de que tenia limpio el interior de su alma, para recibir el cuerpo de Christo por Viatico en el dia en que havia de morir. Encargò mucho à Doña Ximena, y à las demàs Señoras de Palacio, que de ningun modo hiciesen demostraciones exteriores de sentimiento; antes bien que en el dia que llegase el enemigo à poner sitio à la Ciudad, subiesen quantas personas pudiesen à las murallas, y se mostrasen alegres, y festivas. En el ultimo dia por la mañana el Obispo, Doña Ximena, y los demàs de su mayor confianza, acudieron à visitar al Cid, que considerandose en el dia final de su vida, dispuso su Testamento, en que hizo grandes mandas à Iglesias, y Hospitales. Llegada la hora de Sexta (que es à las doce del dia) pidiò al Obispo le tra-

traxese el Sacramento de la Eucaristìa, que recibiò muy devoto puesto de rodillas fuera de la cama, y derramando muchas lagrimas. Volvieronle à la cama; y en ella implorando el auxilio de Dios, Maria Santisima, y la intercesion de San Pedro, dixo esta Oracion: „Señor „Jesu-Christo, tuyo es el Po- „der, el Querer, y Saber: „tuyos son los Reynos, por- „que tu eres sobre todos los „Reyes, y sobre todas las „gentes; y Señor pidote por „merced, que la mi alma sea „puesta en la luz eterna. Al acabar de pronunciar estas palabras, entregò su alma sin mancilla al Criador.

A los tres dias que era muerto el Cid, llegò el Rey Bucar al Puerto de Valencia, acompañado de treinta y seis Reyes, y de inumerable Exercito. En èl venia una Mora Negra, asistida de doscientos Moros de su Region. Mandò luego el Rey Bucar, que pasasen à sentar en la circunferencia de la Ciudad las tiendas, que cumplian el numero de quince mil, y diò orden que la Mora con su compañia se arrimase à los muros. Otro dia comenzaron à combatir la Ciudad, y prosiguieron con grande esfuerzo por espacio de ocho dias, en que fueron muertos muchos Moros. Viendo el Rey Bucar, que no salia el Cid como solia luego que se veìa cercado, sospecharon todos, que estaba ocupado del miedo; con que determinaron levantar bastidas para el asalto.

Haviendo los Cristianos hecho las prevenciones necesarias para venirse à Castilla, Gil Diaz dispuesto el cadaver del Cid en la forma que dexò ordenado; es à saber, de medio cuerpo arriba hasta la garganta entre dos tablas concabas muy ajustadas, y aseguradas à la silla del caballo, de modo, que no pudiese doblarse à una, y otra parte: à el amanecer comenzaron à salir los Cristianos por la puerta de la Ciudad, en esta forma: Saliò primero Pedro Bermudez, como Alferez, acompañado de quinientos Cavalleros valerosos, que iban abriendo el camino à las acemilas, que llevaban lo mas precioso que havian adquirido con su valor. Seguianse otros quinientos Cavalleros delante de Doña Xi-

mena, y su familia, y otros seiscientos, que guardaban las espaldas. Despues iba el Cadaver del Cid armado en su caballo con el brazo levantado empuñando la espada Tizona, los ojos abiertos, y el color del rostro tan fresco, como si estuviera vivo, y à sus lados el Obispo Don Geronimo, y Gil Diaz, y estos en medio de los cien Cavalleros mas esforzados. Luego que los Moros descubrieron à el Cid, aunque de lejos, sin notar si era muerto, ò vivo, fuè tal el miedo que cobraron, que atropellandose los unos à los otros empezaron à desvaratarse, y desunirse.

Yà que el dia havia esclarecido, Alvar Fañez, dispuestos sus Esquadrones, y dexando en salvo el cadaver, y la familia del Cid, acometiò à las tiendas de la Mora Negra, en que hizo tal estrago, que del primer impetu dexò muertos ciento y cinquenta Moros. Esta Mora era tan diestra en arrojar saetas con el Arco turquesco, que la llamaban *Megemia Turia*, que quiere decir: *Estrella de los Arqueros de Turquia*. Esta Mora hizo algun daño en los Cristianos; pero costòla la vida. Los demàs Moros de la compañia aturdidos, comenzaron à huir àzia la mar, llevando tras sì otros. El Rey Bucar, y los demàs Reyezuelos, sin saber lo que les sucedia, al salir de las tiendas, vieron, que venian de la parte del mar mas de sesenta mil Cavalleros con uniformes blancos, y por Capitan de ellos un Cavallero de grande estatura, con un Estandarte blanco en la mano izquierda, y en èl la insignia de la Cruz colorada; y en la diestra una espada, que parecia de fuego, con la qual dexò muertos muchos Moros.

Atemorizado el Rey Bucar volviò la rienda al caballo, y con èl los suyos, y tras ellos los Soldados del Cid matando à quantos daban alcance. Dieronles tanta priesa à embarcarse, que murieron ahogados mas de veinte mil Moros, y entre ellos veinte y dos Reyes. El Rey Bucar con los que escaparon con vida marchò à Africa tan escarmentado, que no le volviò à dar gana de volver à Valencia. Alvar Fañez, con sus Soldados, volvie-

vieron al campo, donde hallaron tan preciosos despojos, que todos quedaron poderosos, y ricos. Esta victoria segun los mas graves Autores se consiguiò milagrosamente en once de Junio dia de San Bernabè, un mes antes, que los Cristianos ganasen la Ciudad Santa de Jerusalèn. Y haviendo escogido las mas preciosas alhajas, dieron la vuelta àzia donde iba el Cid, y su Comitiva, que yendo à su paso regular, esperaron dos leguas de Valencia.

Al llegar à Salvacañete, dieron aviso de la muerte del Cid, y de las disposiciones, con que le traian, al Rey Don Alonso, à los yernos Principes de Aragon, y de Navarra, como tambien à otros parientes, y amigos, que luego que lo supieron salieron à varias partes del camino à encontrarse con el Cid. A Osma saliò el Principe de Aragon, y su muger Doña Maria, con mucho acompañamiento, y demostraciones de sentimiento, con vestidos de luto. Y del mismo modo llegaron à San Esteban de Gormaz el Principe Don Ramiro de Navarra, con su muger Doña Elvira: mas Doña Ximena como varonil, procurò templar el sentimiento de sus hijos, diciendoles, que su padre havia dexado dispuesto, que ninguno explicase pesares, y sentimientos por su muerte. Desde aqui todos juntos vinieron à San Pedro de Cardeña, donde acudiò mucha gente de toda Castilla, y Rioja; y todos se pasmaban, que el cadaver del Cid tuviese el semblante tan terso como quando estaba vivo.

Al llegar el Cid à S. Cristoval de Ibeas, legua y media de Cardeña, llegò el Rey D. Alonso, que venia à jornadas tiradas por hallarse à su Entierro. Quando los Infantes de Aragon y Navarra supieron, que llegaba cerca, salieron à recibirle, y les mostrò su grande sentimiento, dandoles, y dandose à sì mismo el pesame. Caminaron, y juntos todos entraron en Cardeña. Doña Ximena pidiò al Rey, que no le enterrasen luego, supuesto estar embalsamado, y el color del rostro tan terso, y hermoso, para que le viesen todos. Concediòselo S. M. y mandò traer el escaño de

marfil, con que le havia regalado el Cid, y sentado en èl, le pusieron al lado del Altar Mayor encima de un tablado dorado, y en èl divujadas las divisas del Rey de Castilla, de los Reyes de Navarra, y Aragon, y del Cid. Vistieron el cadaver de los ricos paños, que el Sultan de Persia regalò al Cid, viviendo, que era una Purpura muy rica, y haviendole sentado, le ciñeron la espada Tizona à la mano izquierda.

Despues de tres semanas, que se cumplieron en las Exequias con asistencia del Obispo Don Geronimo, y otros Señores Obispos, salieron de Cardeña el Rey Don Alonso, y los Principes de Navarra, y Aragon, llevando consigo los Cavalleros del Cid. Quedaronse en el Monasterio Doña Ximena, el Obispo Don Geronimo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez; hasta haver dado cumplimiento al Testamento del Cid. Estuvo el Cid de la manera, que dispuso el Rey Don Alonso diez años à vista de la mucha gente, que acudia à verle de muchas partes del Reyno; y haviendo empezado à corromperse la punta de la nariz, se diò orden para sepultarle en un nicho al lado del Altar Mayor. Se han hecho varias traslaciones de su cuerpo mas por ultimo, està hoy dia en un magnifico Sepulcro en medio de la hermosa Capilla de San Sisebuto, donde en sus paredes estàn los Panteones cèlebres de todos los parientes del Cid; que comprehenden los Reyes, y Grandes de Castilla, Leon, Aragon, y Navarra.

Doña Ximena pasò su viudez en Cardeña en las mismas casas donde estuvo quando su marido saliò ultimamente desterrado de Castilla. Las Historias antiguas se arriman à que viviò Doña Ximena despues de muerto el Cid quatro años; y en este tiempo continuamente se estaba esta buena Señora en la Iglesia delante de su marido el Cid; hasta que saliendo de esta vida fue con èl à gozar de los premios eternos en su dulce compañia, y hoy perseveran sus cuerpos juntos, como tan amantes en vida, y en muerte, en el referido Sepulcro.

F I N.